

EL REALISMO EN LA LITERATURA CASTELLANA

Tesis presentada por

FRANCISCO BERNOLE.

para obtener el grado de  
MAESTRO EN LETRAS.

México, D.F., 1939.

---



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Cuando consideramos el conjunto humano en sus múltiples actividades; cuando pasamos nuestra curiosa mirada por el anchuroso campo en que se mueva ese micocosmos, con sus deseos sin límites, sus insaciables anhelos y desconcertados apetitos, la visión de las hojas desprendidas de la rama por el vendaval de otoño acude a nuestra mente. Dante, en sus terroríficas visiones, ya había comparado el torbellino humano al remolino de las hojas secas. "Como en otoño caen las hojas una tras otra, hasta que el árbol rinda a la tierra todo su despojo "Así los humanos se agitan, van, van, vienen con loco frenesí, que dijo Calderón, hasta el reposo de la muerte. Las fuerzas humanas surgen, obran, experimentan reacciones, se transforman en actos, cristalizan en formas cuando gravitan alrededor de los únicos polos de atracción: el bien, la verdad, la belleza.

Por desgracia, el humano corazón no siempre levanta sus aspiraciones hacia lo único digno de su origen, abusando del libre albedrío que le asemeja al Creador, se aparta del sendero que lleva a la meta y malgasta la vida, el primero de sus bienes. El sello divino que constituye la especificación del hombre es la razón; y la razón se vuelve hacia la verdad, como la aguja de la brújula hacia el polo magnético. La verdad sola es adecuada a la razón humana; en cambio, todos los ensueños, las ilusiones, las fantasmagorías son el aire que infla los globos, los espejismos fascinadores y falaces que burlan nuestra sed, el humno que se disipa en el viento depositando una ligera oscuridad sobre los objetos. La armonía en las facultades humanas sólo existe cuando la razón impera sobre ellas; si ésta pierde su centro, el hombre se convierte en juguete del desvarío y revolotea como la hoja a merced del aire hasta caer, cubierto por el polvo del olvido.

El bien, como la verdad, no es convencional: depende del fin al hombre asignado. El Arte tampoco lo puede ser; tiene su misión. La misión del bien es la imitación de la obra divina impulsada constantemente por el amor en un acto puro, que dijera San Agustín; el arte, para ser digno del hombre, tiene que reflejar las bellezas del Creador de las cuales tiene hambre y sed el corazón humano. El arte convencional y sin propósito crea la moda y sus múltiples caprichos tan fugitivos y evanescentes como la imagen en la pantalla, y que se reducen, en último término, en inquieta sensación de ridiculez, de vaciedad y amenguamiento con sus dejos de remordimiento concomitante.

Lo convencional y lo que constituye el reino de la extravagancia, sólo halagan la curiosidad por un momento, luego despiertan el sentido crítico que los vapulea y barre como los vientos hacen con las nubes. El tiempo supremo apreciador de valores extiende el manto del olvido sobre todas esas excrecencias vitales, sobre todos los sueños y todas caricaturas endebles que sólo han hecho brotar la risa en los labios de la sátira.

Un arte sin fuertes ataduras con la realidad, un arte desligado de la vida es un juego de niños, una actividad loca, como lo es la imaginación cuando suelta el freno que la razón le impone. Esta clase de actividad estética nada crea, nada produce. "Esos desbordamientos de la ilusión son, tal vez, sólo el "alto" de los heredismos carnales que dejaron los antepasados en la compleja constitución de sus vástagos".

El arte debe producir un sentimiento de grandeza sí, pero a la vez, un sentimiento de seguridad incommovible de tal suerte que el esteta siente la impresión de hallarse en buenas manos, en el centro de la vida, en imperio de la razón y no en los dominios del delirio, por altos que sean, y por más altos, más peligrosos por la caída inevitable y sus fatales consecuencias.

Y si las fantasmagorías estén vedadas al arte, qué pensar y decir de aquel otro terreno, aun más movedido, que se llama el error, la mentira? Hemos nombrado un diletantismo nirvaniano, un eclecticismo estéril, un determinismo férreo que aprisiona el espíritu en una jaula de bronce que apaga la luz en la pupila, que prohíbe al hombre levantar la vista y le obli-

ga a tenerla fija en el círculo cerrado de causas y efectos.

La vida es inmensa, la vida aspira a las realidades infinitas; el arte determinista la amengua, la troncha, y por ende, la tortura; y en vez de producir el placer estético la obliga a beber, hasta las heces, el cáliz de todas las amarguras inherentes a la valacía.

No es esto decir que el dominio de lo ideal esté vedado a las actividades artísticas; muy al contrario. "L'homme est un dieu tombé".

Qui se souvient des cieux".

Así como hay un ideal ilusión, así existe un ideal realidad, aunque estos términos parezcan contradictorios. Al primero pertenecen las lucubraciones del idealismo alemán del siglo pasado; al segundo, los inenarrables estados de los verdaderos místicos. Las aspiraciones hacia la perfección son parte fundamental de las funciones espirituales de la vida. Lo ideal es algo que no se come ni se bebe pero tan indispensable como el aire que respiramos. Lo que decimos ser impropio del arte perdurable, de la eternidad en el arte son las manifestaciones más o menos calenturientas, cuando no patológicas que todo lo abarcan, como los sueños, porque no des cansan sobre nada real. Cuando la novela o el poema se desgarran de la vida, cuando construyen castillos fantásticos, llevan el sello del desbordamiento imaginativo hacia las orillas de la ensoñación.

El objeto de nuestro trabajo es la constatación de un realismo integral a través de las manifestaciones del arte literario en España desde sus primeros vagidos; es la demostración del valor que esta cualidad da al arte literario español, que tiene como pauta, como sello inconfundible el espejo a la vida, de tal modo que Julio Cejador ha podido escribir: "Todo lo que no es real no es español".

Ahora bien, como la literatura castellana no ha disfrutado, a través de los siglos, del aprecio que se merece, tal vez, por no haber sido comprendida bajo este aspecto, nos alabariamos de haber podido aportar nuestro grano de arena al templo de la verdad, que tarde o temprano, abrigará bajo su severa arquitectura a los espíritus rectos.

Seános permitido antes de entrar de lleno en el asunto fijar todo el alcance que tiene, a nuestro modo de ver, la palabra realismo. Ciertamente no cabe en mente alguna confundir el realismo sano e integral con el naturalismo de los franceses y de otros que no lo son desde Zola. El naturalismo fisiológico y anatómico no pertenece al arte, sino a la ciencia. El escudriño de lavaderos, la narración de mancebías, la descripción de las lacras patológicas más o menos heredadas, la fórmula Zolesca de un atavismo indestructible no pertenecen ni al arte ni a la ciencia; son el pasto de la crápula y de los "cuistres" que pretenden poner el arte al servicio de la pasión. Realismo tiene un significado muy más noble porque más humano y menos animal.

Otro escollo en la interpretación del vocablo consistiría en fijarle un límite restringible a lo tangible, a lo material. Hubo un tiempo en que unos apagadores de estrellas, unos tiranos de la ciencia quisieron mutilar la verdad y tomaron el nombre de positivistas; nosotros los pareamos con los materialistas afanosos por ocultar el cielo con una bóveda de hierro para que los humanos no sucumbamos al indestructible deseo de levantar los ojos. Deseosos, estos enanos del pensamiento, de circunscribir el horizonte al radio de su miopía, bajaron la vista sobre la constitución de la amiba y las transformaciones del protoplasma y dijeron: sólo existe lo que descubre el microscopio; todo lo demás, toda la metafísica pertenece al dominio de lo irreal es decir, de lo que no existe.

Lo real pertenece a lo material, sí, pero también a lo espiritual. La existencia de los valores metafísicos son tan reales como las peladillas del arroyo y los astros del universo.

Existen con igual carácter de realidad las filigranas de las catedrales ojivales y el alma de sus arquitectos. La mente de Da Vinci es tan --

positiva como su "Cena". Sólo cabe en espíritus atrofiados la negación de ese campo dilatado y florido de la metafísica donde la razón retoza a sus anchas, cogida de la mano de la fe. Sin esta completa interpretación del vocablo, la rica literatura mística española sería toda ella desprendida de la realidad como lo serían las líricas meditaciones de Fray Luis de León y la estupenda creación del Quijote.

En síntesis, lo fantástico, lo monstruoso, las carcajadas de la caricatura, el exclusivismo de las leyes físicas en el campo de la conciencia y la negación de lo sobrenatural, no pertenecen a la literatura española; si los encontramos en ella son productos de imitación extranjera o frutos de pseudo-pensadores desgarrados del alma de la raza.

O O O

El realismo de que vamos a hablar aparece, a ojos vistas, en las primeras manifestaciones poéticas de la Literatura Castellana o sea la épica, cuyo primer y más importante documento es el "Cantar de Mío Cid".

Durante mucho tiempo se negó a España la posesión de una épica primitiva comparable a la francesa. Aun desde la impresión del Cantar de Mío Cid la crítica fue dividida y se manifestó en conceptos ya despreciativos, ya dubitativos o francamente entusiastas. Capmany (1786) califica al Cantar de simple crónica rimada. Fournier (1790) dice que es: "Algún cartapelón -- del siglo XIII en loor de las bragas del Cid". Quintana (1807) ya reconoce "que no está tan falto de talento que, de cuando en cuando, no manifieste alguna intención poética". Martínez de la Rosa (1828) lo trata de "embrión informe". Moratin resume todos esos juicios de los pseudo-clasificistas, diciendo que el Cantar es deforme en: lenguaje, estilo, versificación y consonancia. Los escritores extranjeros lo aprecian de muy distinto modo que los Españoles del siglo XVIII y principios del XIX.

Southey (1808): decididamente, y sobre toda comparación es el más hermoso poema escrito en lengua española. Hallam (1818): "Aventaja a todo lo que se escribió en Europa antes de la aparición del Dante". Tiknor (1849): "puede asegurarse que en los diez siglos transcurridos desde la ruina de la civilización griega y romana hasta la aparición de la Divina Comedia -- ningún país ha producido un trozo de poesía más original en sus formas y más lleno de naturalidad, energía y colorido".

Los juicios de Wolf, Damas Hinará, J. de Monge, A. de Puibusque son -- tan laudatorios como los inmediatamente anteriores y con estos juicios -- concuerdan los de Amador de los Ríos, Milá, M. Pelayo y Menéndez Pidal, -- por no citar más nombres.

Dejando a un lado la discusión acerca del origen de la épica española netamente germánico a nuestro modo de ver -- y la debatida cuestión de si -- el Cantar se formó analíticamente o fué compuesto como un todo acabado, -- pasamos a su estudio.

El Cid del cantar no es un mito; la historia de cuenta de Rodrigo Díaz de Vivar, vasallo de Alfonso VI, casado con Jimena Díaz, prima hermana -- del rey. Rodrigo, después de gozar del favor del monarca fué desterrado -- de Castilla por cierta incursión contra el reino musulmán de Toledo. Tras largo guerra por el rey de Zaragoza, volvió en gracia de Alfonso y recibió reales donativos. Sufrió segundo destierro por su retardo en auxiliar a su rey en el asedio del castillo de Aledo y fueron confiscadas sus posesiones. Volvió a guerrear y casó una de sus hijas, María, con Ramón Berenguer III conde de Barcelona. Conquistó a Valencia, desafió al conde de -- Nájera Garcí-Ordóñez; aseguró y completó sus conquistas en Valencia; agredió a las de Almenara y Murviedro y habiendo conseguido que el metropolitano de Toledo consagrarse obispo de Valencia al Clérigo francés Jerónimo de Perigord. Muerto el Cid, Doña Jimena sostuvo sus Estados por algún -- tiempo hasta que retornó a Castilla viendo sus hijas casadas; María con --

el Conde de Barcelona y Cristina con el infante de Navarra, Ramiro.

Los principales amigos y vasallos del Cid son tan históricos como su señor.

Alsar Fanez que Corita mando; figura en un documento de 1097 y honró con sus hechos la corte de Alfonso VI. Martín Muñoz, el que mandó a Mont Mayor conde de Coimbra ejerció este cargo de 1091 a 1094. Alvar Alvarez y Alvar Salvadórez aparecen citados en la carta de arras de Doña Jimena. Muño Gustioz, criado del Cid y su -- vasallo de próacompañaba a Doña Jimena en Cardeña durante su viudedad en 1113.

Lo son con igual seguridad: Pedro Vermúdez, señoero del Cid y su sobri no y el conde don Fruela o Fruela Díaz, hermano de Doña Jimena.

En el bando enemigo del Campeador son históricos: el conde Garci-Ordó ñez llamado el Crespo de Grañon, gobernador de Grañon en la Rioja; Alvar Díaz gobernador de Oca, ciudad próxima a Gurgos; Goncalvo Ansuórez, padre de don Diego y don Fernando, infantes de Carrión, que son "vasallos mucho orgullosos e an part en la cort (v. 1938).

La existencia histórica de los personajes musulmanes en el poema se -- limita a Yúcef de Marruecos.

Si la verdad histórica goza de tantos fueros en el Cantar, no le va -- en zaga la geografía. El lugar más conocido por el anónimo autor es la co marca de Medinaceli; y cuando cita ciudades de toda la península y apunta itinerarios es tan veraz como el mencionar los lugarejos vecinos a Medina celi, probablemente su patria.

Quién es ahora este Rodrigo Díaz de Vivar que los españoles conside-- ran como el dechado de caballero?

El Cid ha incurrido en la cólera de su señor natural y tiene que aban donar esa Castilla la gentil con la que se identifican su amor, su admira ción y su profesión de caballero enemigo de Moros.

Pobre, triste, agobiado, Rodrigo se dirige a sus vasallos y en frases llanas les pregunta si quieren compartir su desgracia. Y ellos contesta-- ron por boca de Alvaro:

Siempre vos serviremos  
Como leales vasallos  
-----  
Mucho agradescio mío Cid  
Quanto allí fué razonado.

Y sin aspavientos de rebeldía, con el alma destrozada, echando a car go de sus enemigos su infausta suerte, le emprende camino de Burgos, y -- más allá, donde la Providencia guíe sus pasos. El súbdito en desgracia -- sólo piensa en su familia y en sus amigos; sus ojos derraman lágrimas can dentes y su corazón debió apretársele en el pecho al atravesar las calles de Burgos, viendo a diestra y siniestra puertas cerradas y miradas torvas, no oyendo más que las razones de "una niña de nuef años". que le manda pa sar de largo, por temor a la saña del rey; la eterna ley de la vida! de -- árbol caído, doso hacen leña. La ley de la verdad en todas esas escenas -- de desgracia. El hombre baja la cabeza da rienda suelta a sus penosos sen timientos, llora como un niño, y como caballero y padre de familia se en cara con la desgracia para domeñarla, para romper entre sus fuertes manos la vara del destino y cobrar honor, tal vez gloria o a lo menos una dote para sus hijas.

Esto no parece poesía por carecer de ficticios ropajes, pero, cuanta verdad de vida! y por ende, cuanta emoción sentida al contacto del cora zón triturado de un hombre?

El Campeador no es sino un pobre desterrado que necesita dineros y -- los consigue empeñando su palabra a unos judíos. Afanosos ya entonces en su profesión de prestamistas: de raza le viene al galgo el ser rabilargo!

En Cardena el Cid se despide de los suyos en medio de lágrimas y suspiros. El cielo encapotado no deja transparentar ni un solo destello. El porvenir es amenazador. La plenitud de la realidad, la calra vista del infortunio - agobian al Campeador y por un instante su ánimo flaquea y se siente morir de tristeza porque es humano. Acude a la oración; y a la voz de Minaya: -- "Cid do son vuestros esfuerzos? en buena nasquistes de madre", torna en sí y su ánimo se serena. Aquí aparece al único rasgo que podría escapar - al mundo de lo real según se le considere:

El ángel Gabriel a él vino en visión  
Cabalgad Cid, el buen Campeador  
"ca nunca en tan buen punto cavalgó, varón;  
"mientras que visquiéredes bien se fará lo to".

Reconfortado y rodeado de mesnaderos el Cid emprende sus campañas que culminan con la toma de Valencia. El caudillo se siente en su plenitud, - la fortuna le sonríe, sus arcas están llenas, sus huestes muy fuertes y - nunca se había hallado tan cercano a la desgracia.

Dos buscadores de dotes, cobardes y taimados piden las hijas del Cid - por esposas. El padre intuye la desdicha que con ellos se va acercando y - que descarga sus más rudos golpes sobre la familia del Campeador con la -- afrenta de Corpes.

Con la barba ceñida y el corazón bramando de coraje el Cid va camino - de Toledo a pedir justicia al rey. Su grande alma despliega sus últimas -- energías y tras el castigo de los culpables la paz vuelve y con ella la -- realización de las esperanzas suavemente acariciadas a través de tantas vi - cisitudes; el matrimonio de doña Elvira y doña Sol con los infantes de -- Navarra y de Aragón.

Qué diferencia entre el pobre desterrado de Castilla y los brillantes guerreros de la Chanson de Roland! En ésta, grandes ejércitos, fuerzas invencibles, luchas titánicas; un hombre se deshace de un ejército, el toque del cuerno se oye a centenares de leguas, los espíritus, ya atraviesan los aires envueltos en nubes, ya sostienen el brazo del adalio, apartan la --- muerte que se cierne sobre su cabeza o llevan su alma al seno de Dios cuando el héroe ha sucumbido bajo un número fantástico de enemigos. En el Cantar español, en cambio, todo pasa naturalmente; el mundo de lo real permanece firme bajo los pies. Los héroes despliegan valor, están rodeados de - peligros y se libran de ellos por medios muy humanos, muy ordinarios, muy conformes a la realidad de las cosas y de los acontecimientos. Nada de invulnerabilidad por medios extraordinarios. En España, la sangre de los dragones no sirve de coraza a los héroes. Los anillos encantados no les dan - fuerzas. Las "tarncape" no los vuelve invisibles, y no atraviesan círculos de fuego para despertar a las Valkirias. Las mujeres no desafían a los adalides; los tesoros no se guardan en cuevas y el pan de cada día es ganado. en buena lid y con el sudor de la frente.

Aun más, todo el refinamiento caballeresco, todas, las galas de corte - sanía extravagante, de galanteos exagerados, elementos anacrónicos en una edad de costumbres semibárbaras no se encuentran en Mío Cid.

Doña Jimena sólo es modelo de esposa, y sus hijas, dechado de doncellas que cumplen al refrán: la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.

En ningún otro poema se encuentran como en el Cid tan íntima, sincera y poéticamente enlazadas las virtudes guerreras, políticas y domésticas. - Rodrigo aparece como el padre de familia solícito y tierno, rey del hogar y providencia visible de los suyos. Más que su propia gloria le preocupan la situación y bien estar de sus hijas.

En el súbdito sumiso, no rastrero; guardador de las leyes de su patria, a las cuales se somete en circunstancias que bien podrían excusar su inde-

pendencia. El rey le desterró y apartó de su amistad por dar oídos a la Calumnia y Rodrigo le manda la parte de botín que la costumbre señala, - más bien colmada que mermada.

Oh Dios qué buen vasallo si oviese buen Señor!  
Bossuet dijo de Condé que había nacido capitán; el de Vivar fué un conductor de hombres por don natural y adquirido con mucha ventaja sobre Agamemón, rey de los Argivos. En su desgracia, arrastra los ánimos; en el peligro, los alienta; en lo más recio de la batalla su vista inspira el -- desprecio a la muerte. Y cuando su hueste está agobiada bajo el peso del número, cuando la "seña" está a punto de pasar a manos enemigas, cuando la derrota se presenta con su negro séquito, un grito de Campeador basta para infundir en el alma bríos insospechados y energías sobrehumanas.

Ferid los caballeros por amor de caridad  
Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar!

Por doquier su presencia se hace sentir y su espada arrastra la victoria! dejando, sin embargo, a todos sus adalides la parte de esfuerzo y de gloria que les corresponde.

La meznada del Cid nunca es el rebaño anónimo de las "Chansons". Así pues el Campeador es hombre de carne y hueso, un mucho más apto que los que le siguen, cuando llora y cuando triunfa, cuando da tajos y reverses y cuando reparte el botín, cuando sueña en la destrucción del Moro y --- cuando piensa en ver casadas a sus hijas; cuando manda regalos al rey y cuando le pide justicia. En su gran corazón las más grandes virtudes andan al lado de defectillos y rudezas. Le place que sus familiares le --- vean pelear después que su magnanimidad ha devuelto la libertad al Conde de Barcelona, su prisionero. Se le rompen las telas del corazón a la vista de sus hijas golpeadas y ve correr a raudales la sangre de los enemigos de su Dios y de su patria, sin emoción.

Y acaso es menos real la cobardía, la envidia y vil interés de los - infantes de Carrión? La fe profunda, con sus dejos de espadachín, caracterizan al Obispo don Jerónimo, por la costumbre de andar entre soldados. Alvar Alvarez, con sus rasgos propios no salen de la esfera de sus atribuciones como los Doce Pares.

Nada, pues, aquí de fantástico, sino costumbres reales y vividas; nada de soñar despierto, de volar por los espacios, de enanos de encantamiento ni otras parecidas "Máquinas" que sustentan tantas obras tenidas por maestras.

En fin, el crítico de más delicado gusto que ha tenido España, Menéndez y Pelayo, dice del Cantar. "Lo que constituye el mayor encanto del poema del Mío Cid y de canciones tales, es que parecen poesía vivida y - no cantada, producto de una fuerza misteriosa que se confunde con la naturaleza misma y cuyo secreto hemos perdido los hombres cultos!

En cuanto a su valor estético, creemos que se desprende precisamente de su hondo realismo, de sus manifestaciones de vida y de savia humana - que circula abundosa y lozana por todo el Cantar.

Bello dice: "En cuanto a su mérito poético, echamos de menos en el - Mío Cid ciertos ingredientes i aliños que estamos acostumbrados a mirar como esenciales a la épica, i aun a toda poesía. Ho hai aquellas aventuras maravillosas, aquellas agencias sobrenaturales que son el alma del - antiguo romance..... No hai amores, no hai símiles....."

Es decir, no hay nada de artificial, ficticio, postizo, verdaderos - ingredientes que sirven para falsear la belleza así en las obras de arte como en las mejillas de las rameras.

Las mismas positivas observaciones de sano realismo podrían hacerse en todo el campo de la épica española medioeval: La Gesta de los Siete -



Infantes de Lara, el Abad de Montemayor, la Gesta de Fernán González, etc. Por doquier el apego a las costumbres, las miras de fe cristiana, los vicios y las virtudes de la Raza: la traición, la venganza; el valor, el respeto a la mujer, el deseo de gloria. Ora suenen las trompetas del triunfo o cubra el alma el negro manto de la desgracia y del duelo, heroes, caballeros de pro, escuderos y gente menuda pasan por la vida pisando tierra y con el alma levantada y atendiendo a las cosas de Dios.

O O O

Así como del robusto tronco de la encina que arraiga en las entrañas de la montaña nacen ramas lozanas y vigorosas que resisten el ímpetu y el capricho de los vientos; así de la épica medioeval se desprenden esas narraciones de sabor del terruño, ricas de jugo, expresivas, sencillas, variadas y que encierran en su delicado ropaje las manifestaciones todas de la vida española. Los eruditos del siglo XV comienzan a citarlos y aun a refundirlos después de haberlas despreciado. "Infirmos son aquéllos que sin ningún orden, regla ni cuento, hacen estos romances o cantares de que las gentes de baza y servil condición se alegran" (Marqués de Santillana). Esta literatura parece brotar como por ensalmo, repentinamente, no que naciera entonces, sino que les plugo a los sabios tomarla de boca del pueblo y llevarla a sus escritos. Pero los romances son tan antiguos como el romance; son la genuina manifestación a través de los siglos; del genio de la raza; siempre se han compuesto romances y mientras se hable el español, o mejor dicho, mientras España tenga una alma, dirá sus cuitas y sus alegrías, sus esperanzas y sus tropiezos en romances. Monumento antiquísimo, el romancero ostenta la vida interna, las costumbres lo sustancial de la raza y las mudanzas que opera el tiempo. Ninguna literatura puede ufanarse de obra tan trascendental, por los siglos que abarca y la variedad que muestra en todo linaje de sentimientos, acontecimientos, tonos y colores zurdidos en perfecta unidad porque son los gritos del alma, sus quejas, sus llantos, sus acentos de entusiasmo y de nunca amenguada esperanza. El pueblo español se retrata en el romancero, vive en el romancero. Allí sus gestas y la rica galería de los hombres representativos de su infancia; allí la historia de la tremenda lucha de siete siglos empeñada entre la Cruz y la media luna; allí el curso majestuoso de su grandeza en tiempo de Carlos V y de Felipe II; allí también el eco de sus descubrimientos, el encanto de sus damas, la "opinión" de sus hidalgos y los apagados gemidos brotados de su pecho herido por la adversidad.

Literatura popular de riqueza incalculable, fiel retrato de todo lo sano, de todo lo vivo, de todo lo perdurable que informa el genio español. Séanos permitido transcribir aquí la opinión de Hegel acerca del Romancero: "Los romances son un collar de perlas; cada cuadro particular es acabado y completo en sí mismo, y, al propio tiempo, estos cantos forman un conjunto armonioso. Están concebidos en el sentido y espíritu de la caballería, pero interpretada conforme al genio nacional de los españoles. El fondo es rico y lleno de interés. Los motivos poéticos se fundan en el amor, en el matrimonio, en la familia, en el honor, en la gloria del rey, y, sobre todo, en la lucha de los cristianos contra los sarracenos. Pero el conjunto es tan épico, tan plástico, que la realidad histórica se presenta a nuestros ojos en su significación más elevada y pura, lo cual no excluye una gran riqueza en la pintura de las más brillantes proezas. Todo esto forma una tan bella y graciosa corona poética, que nosotros los modernos podemos oponerla a lo más bello que produjo la antigüedad clásica. (Esthétique, 2a. edición, 1875).

La influencia de este género sobre los demás en la literatura española fué considerable. Los más brillantes escritores del siglo de Oro, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, Cervantes, lo usaron en una multitud de asun-

tos: pastoriles, legendarios, descriptivos, morales, etc.; diéronle nuevos rumbos y de épico que fué en sus principios pasa a ser lírico. El romance aparece también en las primeras manifestaciones del teatro con Gil Vicente y Juan de la Cueva; El gran Lope lo hace triunfar en su fondo y en su forma, sin contar los numerosos argumentos de sus comedias sacados del Romancero. Guillén de Castro sacó sus "Mocedades del Cid de este venero inagotable y Calderón lo utilizó en sus inmortales "Autos".

Aun en el siglo menos español, en el periodo del pseudoclasicismo, el romance no muere, los Moratines lo cultivaron. La época romántica lo devolvió todo el favor que los escritores del siglo XVIII le habían restado; y la leyenda: "El moro espósito" tiene su fuente en el romancero. En fin, vale la afirmación de que los romances ocupan en la literatura española - el mismo lugar que los poemas homéricos en la griega.

Los críticos han fijado una división en este género que circula en -- la poesía española como la sangre por las venas. Los romances históricos hacen revivir toda la lejana época de los cantares, más la pérdida de España por el rey Rodrigo y las homéricas luchas de aquel tiempo así como la vida pública y privada de los monarcas, inclusive las justicias de don Pedro el Cruel. Véase con que verdad narra el Romance del Rey don Rodrigo la pérdida de España.

Las juestes de don Rodrigo -desmayaban y huían,  
Cuando en la octava batalla -sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tiendas -y de el real se salía:  
Solo va el desventurado -que no lleva compañía.  
El caballo de cansado -ya mudar no se podía:  
Camino por donde quiere -que no le estorba la vía.  
El rey va tan desmayado -que sentido no tenía:  
Muerto va de sed y hambre -que de velle era mancilla;  
Iba tan tinto de sangre -que una brasa parecía.

-----  
Ayer era rey de España -hoy no lo soy de una villa;  
Ayer villas y castillos -hoy ninguna poesía;  
Ayer tenía criados -hoy ninguno me servía.  
Que no tengo una almena -que pueda decir que es mía.  
-----

Qué inmensa diferencia entre la historia escueta y la vida que bulle en el Romancero! Aquí los hombres van, vienen, se mueven y obran con sus vicios y virtudes; con sus costumbres, sus creencias y sus sentimientos - todos. Decir que el Romancero es una manifestación de la realidad completa parece una perogrullada.

Pero más atractivos son, si cabe, los romances fronterizos, leerlos y sentirse transportados entre moros y cristianos que se desafían, se insultan, luchan en armas y también en cortesías es todo uno. Una multitud de héroes: Carlomagno y sus doce pares, el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, el conde Alarcos, conde Sol, etc., viven en el Romance - tan de veras como en sus palacios o dan tajos y reverses en la lid.

En cuanto a la manifestación de los sentimientos: amor, odio, patriotismo, etc., allí están con una frescura y colorido cual nunca supieron darles los poetas eruditos y convencionalistas de todos los tiempos y lugares.

El viajero extranjero que visita antiguas ciudades de España, Sevilla, por ejemplo, se siente transportado como en un mundo distinto. Las bellísimas iglesias, las casas y sus peculiares patios, los palacios históricos, las callejuelas, las viejas tartanas, los guitarristas, las tabernas, los vívidos colores de pinturas y vestidos, así como las nuevas avenidas, vehículos, plazas y casas modernas, todo le da una impresión profunda de -- la verdadera España. Esto es la España a través de los siglos con sus ca-

pas indicadoras de los estadios de su civilización, exclama. Que se agran de el cuadro, que se complete en lo material y lo espiritual y podrá decirse con más verdad aún, después de leer el Romancero: esto es España.

Hasta aquí hemos estado con los juglares creadores de la poesía, proveedores de solaz e intérpretes del alma popular en acentos sencillo y cadenciosos: el pie de romance. Pero es común condición de las cosas humanas el que declinen, bajen y se perviertan; por eso dice bien Gabriel d'Annunzio "rinovarsi o morire".

Los autores del mester de Clerezía quisieron operar tal renovación o por lo menos contrarrestar la influencia demasiado rastrera de los juglares. Tras ensayos de carácter narrativo, nació un nuevo género: la poesía satírico-moral. Los más encumbrados nombres representativos de la nueva tendencia son: Sen Tob, Juan Ruiz, el infante don Juan Manuel y López de Ayala. Entre ellos descuella por su intenso personalismo el Arcipreste de Hita don Juan Ruiz autor del "Libro del Buen Amor".

Estos autores adoptaron la máxima antigua: "enseñar deleitando", y su aplicación consistió en buscar en la inmensa producción de Cuentos y cuentos los más conformes con las ideas cristianas; para ellos aprovecharon el canal transmisor árabe y el resultado fué que salieron de su búsqueda, como los buzos del mar: con las manos cuajadas de perlas.

Don Juan Ruiz es un enigma. Su vida casi desconocida, si no es por su obra, arroja poca luz sobre su historia. Sus intenciones, dice, son buenas y santas, pero sus actos desmienten sus palabras. Los hay que le tienen por un hombre de costumbres serias; otros lo juzgan como calavera. Lo probable es que el de Hita amaba la vida, las plazas, el sol candente, la charla, la observación y el trabajo social. Por eso su libro es un espejo de la vida, un reflejo de las ideas, de las aspiraciones, de las costumbres de aquel siglo XIV en que la fe decae y la moral con ella. El "Libro del Buen Amor" es una amenísima mezcla de asuntos diversos, de géneros distintos, sin otra unidad que la recia de carácter del Arcipreste. Ante la mirada del lector desfilan en bohemia procesión: doña Endrina del brazo de don Melón, doña Venus con su Cupido, graves canónigos de Talavera Calatrava cuchicheando sus rencores contra su Arzobispo, beatas y dueñas de mucha mantilla y poca modestia; monjas veladas y sin recato, Terranas barbudas, moras impúdicas, estudiantes noherniegos, ciegos, mercaderes ladrones grandes y chicos, campesinos avaros, el dinero y sus virtudes, animales de todas suerte, en graciosísimo desorden, conducidos o empujados por el arcipreste zumbón a quien acompañan su complaciente Trota Conventos y su incondicional criado Furón. Ese espectáculo rabelésiano divierte sin escandalizar, por la nitidez de la visión, el poder satírico y la variedad de los cuadros que se suceden sin hilación aparente, sin propósitos definidos, con rasgos abundantes y precisos que dibujan admirablemente ciertos tipos. Original por su estilo, libre, franco, sabroso y tanto más terrible cuanto menos poseído de la "Spléndida bilis" del moralista, Juan Ruiz nunca levanta su miras hacia los cielos de la ilusión. Ya sea su intención austera o simplemente picaresca, su obra, dice Cajador, "no es un lienzo ni pintura; es piedra berroqueña, grabada a martillazo limpio por un cíclope. La literatura griega es de alfeñique ante esta obra de un verdadero primitivo del arte..... Sólo él, grave y regocijado a la par, podía escribir aquel, car naval de abigarrado colorido, en que van pasando todo linaje de gentes con sus locuras y solapadas intenciones, y él les va arrancando sin compasión la careta".

La fantasía ingeniosa aparece al servicio de una exacta realidad en la descripción de costumbres y de caracteres, en la verdad de los juicios tan imparciales que ni así mismo se perdona. Su inmenso poder de visión de la vida, ni por un momento le acercó a las caricaturas y monstruosidades de los Gargantuas y Pantagruelos de Rabelais. Con sólo abrir los ---

ojos y palpar la realidad pudo crear una obra que desafía el tiempo.

En conclusión el "Libro del Buen Amor" parece ser una de las muchas - obras didáctico morales, pero con su aspecto sui géneris de loca complacencia por los vicios que desenmascara. El propósito del autor, según propia confesión, fué alejar a los hombres del amor malo y acercarlos al bueno, pero dejándose llevar por su fantasía exhuberante, distribuye sonrisas al pecado y alaba la virtud de labios afuera. La realidad de la vida humana relajada le sedujo, y en vez de aislarse sobre un púlpito y fustigar los defectos con ira de profeta, entró en la danza que describe, rondando en torbellino y riéndose a mandíbula batiente de los personajes que le codean.

Muy distinto modo usó el canciller de Ayala. Carente del verbo poderoso del Arcipreste y de su rica imaginación, siguió a su musa austera por el campo de la historia y de la sociedad contemporánea suya, espigando -- observaciones, recogiendo datos, escudriñando hechos, examinando acontecimientos para darnos en una deducción sin velos el espectáculo de las ruindades humanas; ya se oculten en testas coronadas y en cabezas tonsuradas, ya se arrastren en oscuros bodegones que "bien pudieran ser cuevas de ladrones, o ambulen por calles y encrucijadas o se cobijen bajo los peji-- zos techos de la plebe. Nadie mejor informado que este cirtesano rígido --valga la paradoja-- para informarnos de la sordidez y falacia de la política así como de las intrigas simoníacas de aquellos que en vez de ser -- pastores son lobos rapaces.

"Quales ministros tiene el que por nos murió  
Verguença es dezirlo .....

Si estos son ministros, sonlo de Satanás.

Y si estaba en lugar desfavorable para juzgar a la gente menuda, la agudeza de su ingenio pudo suplir esta deficiencia.

Así, reyes, príncipes, prelados, ministros, judíos, gente de leyes, - soldados, mercaderes y aún la turba multa de los que no pueden tener grandes vicios, pasan ante nuestra mirada en abigarrado desfile, sacando de nuestra alma la tan traída y llevada lamentación del Canciller: "mal pecado"!

El Rimado de Palacio no es sino la propia canción de Hita pero en distinto tono. En uno y en otro manifiéstanse idéntico realismo, igual alejamiento de exageraciones caricaturescas, las mismas fuentes y las mismas intenciones: moralizar. Sus consejos son fruto de la experiencia y adaptados a las circunstancias.

El Rabí de Carrión es de tan fina observación y tan amante de rasgos precisos que trae al recuerdo a esos hombres de ciencia preocupados únicamente en lo que ven sin ningún género de atavíos en el decir.

La bestia, desde farta,  
Una de otra non cura;  
El ombre rroba y mata,  
Desde farto se cata.

-----  
El viento menuzó  
El árbol muy granado,  
Y non se espeluzó  
La chica yerva del prado.

Acaso Lafontaine, con ser tan sencillo y enemigo de oropelos y adornos sobrepuestos dijo mejor?

Los "Proverbios morales" de 686 redondillas, encierran preceptos cuyo valor de fondo está a razón contraria con la sencillez y brevedad de forma, forma parte de esa literatura paremiológica tan rica y tan sabrosa, -

particularmente en boca de Sancho Panza. Ahora bien, aquí como en todo -lo español, nada de simbolismos ni de fantasmagorías, la vida en su realidad plena, como es y como debiera ser; el egoísmo de unos, el altruismo de otros y el va y ven de la Colmena social con sus parásitos y sus abnegados hombres de bien.

La sátira social llamada "La Danza de la muerte" no es precisamente española, es europea y lucianesca. Estas visiones macabras son, dice Menéndez y Pelayo, "concepciones exóticas entre nosotros. No parece sino -- que la alegría y la luz de nuestro cielo y el espíritu realista de la misma devoción peninsular ahuyentan de España estas fantásticas rondas de calaveras y espectros, humorismo de cementerio".

Son propias de las nebulosas sicrras de Alemania y del norte de Francia donde están bien puestas en su lugar la "Totentanz" de Lubeck y la -- "Dance macabre" de los Santos inocentes de París.

La palabra Renacimiento ha significado muchas veces en labios de una crítica sectaria la aurora radiante tras una larga noche de barbarie e -- ignorancia. El Humanismo fué la meta de los sabios y su timbre de gloria. "Nunca, dice Emilio Faguet, en el prefacio de su "Seiziéme Siécle" y ni siquiera en los principios del cristianismo, y ni siquiera en Francia, a fines del siglo XVI, el orgullo humano, teniendo como forma la reacción -- contra lo pasado y el desprecio de la tradición, se había manifestado con tanta fuerza y enajenamiento". Lo antiguo vino a subyugar todas las voluntades, la regresión constituyó el fin de todos los esfuerzos; la negación de la Edad Media y una admiración sin límites para todo lo pagano, tal -- fué el Renacimiento. Este movimiento llegó a España principalmente por el conducto italiano. Pero, qué acogida recibió aguede los Pirineos?

La España gótica cristiana había experimentado en 711 un formidable sacudimiento; un cataclismo sin segundo había circunscrito su área nacional a las montañas de Asturias. El Moro había conquistado la península a sangre y fuego, y el Corán sustituyó el Evangelio. Pelayo inició la reconquista y durante siete siglos la flor y nata de la caballería española -- y el pueblo todo enrojecen con su sangre su suelo profanado. Palmo a palmo la reconquista empuja al invasor hacia el Sur. Todas las fuerzas de la nación se concentra en esa empresa de gigantes, hasta que la bandera de los Reyes Católicos ondea en lo más alto de los minaretes de Granada. El resultado de ese esfuerzo titánico fué la identificación del nacionalismo y de la cultura con la fe cristiana. Ahora bien, qué podía significar para un pueblo mártir de su religión, esa regresión pagana del Renacimiento? Qué valores ofrecía la cultura pagana en parangón con el precio de la sangre de tantos héroes? Por eso España permaneció indiferente a las nuevas corrientes. Legítimamente orgullosa de sus propios valores, apenas si se dejó tocar por el delirio de lo pasado que aparecía ante sus ojos como -- una amenaza contra lo que tan caro había conseguido.

Por eso, las manifestaciones artísticas renacentistas son superficiales en el suelo hispano y su pueblo nunca comulgó con las ideas de los pocos literatos que abandonaron lo nacional.

La Corte de Juan II fué el punto de reunión de varios literatos, los cuales sin abandonar completamente la tradición, imitaron a los Italianos y quemaron incienso ante el nuevo Mecenaz: el rey. Dante fué el ídolo de estos renacentistas, y la influencia italiana sustituyó la francesa. La sutileza usurpó el lugar de la antigua candidez y el jugueteo de los conceptos el de los sentimientos sinceros. Pero lo esencial del caso es que, en España, en vez de tomarse lo bueno del fondo se tomó la corteza. Ese clasicismo fué un manto y atlequinesco que cuadraba muy mal sobre los hombros de los hidalgos. Por fin "todos esos desaforados latinismos el des-- tartalado trastrueque e hipérbaton de palabras y frases, amén de la fría y farragosa erudición de mitologías y leyendas fueron para los españoles letra muerte." (Cejador).

El Renacimiento sólo fué una ráfaga, una moda aristocrática que el -- pueblo rechazó por completo y que desapareció en tiempo de los Reyes Católicos, con el resurgimiento de la vena popular y castiza. La lírica corte sana de la corte de Juan II es una verdadera solución de continuidad en las manifestaciones artísticas españolas; Se reanuda la cadena, engarzando el Romancero y el Libro del Buen Amor con la Celestina y la Novela picaresca.

Personificación de la cultura y erudición del reinado de Juan II fué el primer Marqués de Santillana don Íñigo López de Mendoza.

Su retrato físico y moral fué trazado por Hernando del Pulgar en sus "Claros varones de Castilla". Fué "hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros, é feroso en las facciones de su rostro..... Era hombre agudo y discreto é de tan gran corazón que ni las grandes cosas le alteraban ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona é en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien é nunca le oían decir palabra que non fuese de notar, quier para doctrina, quier para placer".

Las obras representativas del Marqués pueden dividirse en dos clases: las eruditas ó renacentistas y las populares; pues bien, a pesar de los -- humos aristocráticos de Mendoza y su poco aprecio a lo popular, sus escritos eruditos no labraron mella, y en cambio la parte de su obra apegada -- a lo español, la que refleja cosas y gentes de España, ésta constituye su fama. Ya nadie se acuerda de sus atildados conceptos, pero todos repiten sus "Serranillas" que saben a tomillo, y sus "refranes que dicen las viejas tras el fuego", condensación del folklore sabrosísimo, muy español, -- es decir muy real, que ha de culminar en la gracia de Sancho.

Pedantesca é infame es, dice Cejador, la prosa de Juan de Mena, poeta cordobés y muy valido de don Juan II. El verso es tal vez peor; no porque careciese de dotes poéticas, pero por la rimbombancia, la hinchazón, la -- huera palabrería tan oscura de sus obras que necesitaron, a veces, su correspondiente comentario.

Juan de Mena es uno de los poetas faranduleros que se desgarraron del -- seno de su patria, trataron de darse una alma antigua, y tras largos vuelos por la fábula, la astronomía, el cielo y los infiernos, no sin atravesar la consabida selva oscura, llegaron a tierras del olvido, porque les -- plugo al tiempo y al pueblo dejarlos del otro lado del Leteo.

Si el humanismo en vez de ser simplemente el aprendizaje de las -- lenguas sabias y de las doctrinas estéticas griegas hubiese sido una comprensión más completa de lo humano, una continuación de la Edad Media, en una palabra, una conquista y no una regresión, entonces el humanismo -- oiera florecido en España y sus frutos hubieran sido duraderos.

Al recorrer las cumbres literarias de España, con cuánto gusto -- el lector del farrago de alegorías dantescas mal asimiladas a esos autores representativos del genio de la raza, que supieron aguilatar los -- valores espirituales del país, que vertieron su alma en raudales de poesía para dejarnos ver, como a través de limpio cristal, su personalidad toda, -- su sentir, su pensar, acerca de la vida y de la muerte. Como el viajero -- se goza al abandonar paisajes rocallosos, desérticos y desconocidos para penetrar en las amenas y sabidas praderas de su tierra natal, así nos -- gramos al abandonar esos pseudos renacentistas para disfrutar la melancólica poesía de Jorge Manrique.

Poetas ha habido en todas las literaturas que han inmortalizado su -- nombre en una sola composición. Bástale a Gray su "Elegía al cementerio de la Aldea"! sóbrale a Manrique "Coplas a la muerte de su padre" para -- disfrutar de duradera fama. Para comprender todo el significado de esta -- composición menester es recordar algunos de los rasgos del pueblo español, que lo hacen inconfundible y le asignan lugar aparte entre los demás -- pueblos de Europa por el modo peculiar suyo de valorizar la vida.

Larga tarea sería reunir textos y citas para demostrar cómo la idea de la muerte, el poco aprecio a lo temporal y la visión constante de la otra vida, forman y constituyen esta singular y cristiana actitud.

Cuando el Inca Atahualpa, condenado a la pena capital por los Españoles, llora su triste suerte, Pizarro, lo anima con estas palabras: "la muerte, cosa muy natural es, y por ella, todos debemos pasar". Para morir nacimos, es un refrán tan traído como llevado. Unamuno en su novela ---- "Niebla" pone el siguiente significativo diálogo: -Comed, don Augusto, - el que no come muere- Y el que come también contesta Pérez. Calderón expresó el sentir de su raza en esta célebre estrofa:

Qué es la vida? un frenesí;  
Qué es la vida? una ilusión;  
Una sombra, una ficción,  
Y el mayor bien es pequeño,  
Que toda la vida es sueño,  
Y los sueños sueños son.

La vida es fugaz, velut umbra; la vida es una prueba; para muchos un dormir, para otros un soñar; para algunos una pesadilla, y el despertar es la muerte, es decir, el verdadero principio de todo. Esto puede explicar la aparente o tal vez real indiferencia para la ciencia. Acaso la ciencia nos impedirá de morir? Acaso no morirá ella con nosotros? Se dice que la ciencia contribuye al progreso moral; el español no está muy seguro de ello. Los grandes Santos españoles no han pretendido escalar las cumbres del saber; orar, obrar, vivir; tal fue su ideal; esas obras nos han dicho cómo oraban y cómo vivían. Qué es para el español un progreso - que no da mayor paz al morir y más contento por haber vivido; que no libra al rico de su riqueza y al pobre de su pobreza; que nos deja con la vista al suelo y no nos descubre las realidades eternas?

La vocación de Español no es el progreso material, ni los inventos, ni la ciencia; España es el niño de que habla San Francisco de Sales "que con una mano se tiene asido a su padre y con la otra recoge las fresas a lo largo del camino.

España no aparta sus miradas del Padre que viste los lirios y alimenta los pajaritos. España escogió la parte de María, e indudablemente ésta es la mejor. Por qué establecerse en la vida como si nunca debiera acabar? Qué me importa, dice Santa Teresa, que mi celda sea grande o pequeña si - al fin la he de dejar. Ignorar esta tendencia, este cariz del alma española, es cerrar las puertas de sus museos, quemar el libro de su historia y no ver en su literatura sino molinos de viento. Ahora preguntamos: Una literatura, manifestación de esos valores espirituales, es acaso realista? Esto sería lo mismo que preguntarse si es real otro mundo, si es real el espíritu, si es real la virtud, si es real el Evangelio. Por eso, la elegía de Manrique entraña un realismo transcendente; por eso los lugares comunes que canta sólo tienen su adecuado acento en las cuerdas de su lira; en otras literaturas se han dicho, pero en ninguna con toda su verdad, -- con su alta significación.

Dexemos a los Troyanos,  
Que sus males no los vimos,  
Ni sus glorias;  
Dexemos a los Romanos,  
Aunque oímos y leímos  
Sus historias,  
No curemos de saber  
Lo de aquel siglo pasado  
Qué fué d'ello;

Vengamos a lo de ayer,  
Que también es olvidado  
Como aquello.

Con qué fuerza quedan impresas en el alma aquellas verdades esculpidas y talladas en sus versos! Y quién acertó mejor a pintar la vida que el que dice:

Este mundo es el camino  
Para el otro, que es morada  
Sin pesar;  
Mas cumple tener buen tino  
Para andar esta jornada  
Sin errar.  
Partimos cuando nacemos,  
Andamos mientras vivimos,  
Y llegamos  
Al tiempo que fenecemos;  
Así que cuando morimos  
Descansamos.

Nuestras vidas son los ríos  
Que van a dar en la mar,  
Que es el morir;  
Allí van los señoríos  
Derechos a se acabar  
Y consumir;  
Allí los ríos caudales,  
Allí los otros medianos  
Y más chicos;  
Allegados son iguales  
Los que viven por sus manos  
Y los ricos.

Aquí el color, el realismo, la verdad, en sumo, que lleva hasta el fondo del alma los levantados pensamientos del autor. Aquí la cristalización de los más aquilatados valores del hombre dichos como los dijo Job y David y Cristo, con sencillez, con claridad, con recitura. "Buscad primero el reino de los cielos y todo lo demás se os dará por añadidura".

Y pues vemos lo presente  
Como en un punto es ido  
y acabado,  
Si juzgamos sabiamente,  
Daremos lo no venido  
Por pasado

-----  
Ved de cuán poco valor  
Son las cosas tras que andamos  
Y corremos;  
Que en este mundo traidor  
Aun primero que muramos  
Las perdemos.

-----  
Si fuese en nuestro poder  
Tornar la cara fermosa  
Corporal,  
Como podemos hacer



El alma tan gloriosa  
Angelical,  
Que diligencia tan viva  
Tuviéramos cada hora  
Y tan presta,  
En componer la cativa,  
Dexándonos la Señora  
Descompuesta!

○ ○ ○

Otra vez, la cronología nos obliga a abandonar la casa solariega por las hostelerías y ventas de país extranjero. Con gusto dejaríamos las cenizas de las novelas de Caballería alfombrar el corral de Don Quijote, pero la verdad nos obliga a removerlas.

La novela caballescica fue plata exótica en España, porque su idealismo era contrario al realismo castizo, manifiesto en toda nuestra literatura. (Cejador).

Por una parte nos hallamos ante una frondosa vegetación que cubrió a España y arraigó en su suelo; por otra vemos que todo aquello fue importado. Es verdad que los Españoles se deleitaron en Compañía de los Amadisés, los Esplandianes y los palmerines, y lo es también que esta turba multade caballeros, escuderos, endriagos brujos y encantadores tuvieron su cuna en las brumas del Norte, digo mal, la tuvieron en la fantasía de la leyenda creadora de toda la caterva de caballeros de la Tabla Redonda.

Cómo compaginar la tendencia realista española, y su gusto por esas inverosímiles historias que calentaron tantas cabezas y voltearon tantos juicios, hasta que la férula de Cervantes los Expulsó para siempre del suelo patrio?

España, al terminar la reconquista en 1492, obra de todas las fuerzas vivas de la Nación. quedó con la nostalgia de los campamentos, de las luchas, de los fechos gloriosos en pro de la Cruz y de la patria. Es cierto que la Providencia le deparó nuevos campos de acción descubiertos por el Genovés; pero estas nuevas lides sólo a un número relativamente corto de sus hijos estaban aparejados. Los otros, los más, tuvieron que contentarse con las escasas noticias que de América llegaban y envidiar la suerte de los conquistadores que quemaban sus naves para obligarse a dar cima a la empresa o recorrerían con la cruz en la mano aquellas dilatadas cordilleras en busca de almas a quien redimir. Y, qué mucho que los privados de tanta gloria volbiesen su mirada hacia empresas fantásticas cuando las reales les estaban vedadas? Acaso todos los que habían roto lanzas contra moros podían caber en las carabelas que daban la vuelta al mundo? Indudablemente que no. No pudiendo pues ocupar el mundo, el mundo los ocupó. El hambre y sed de batallas se satisfizo con el pobre manjar de las novelas caballescicas. A falta de pan buenas son tortas. Precisamente el extravío se debió a la necesidad; el ensueño ocupó el lugar de la realidad porque ésta había huido. Pero obsérvese cómo fue considerada esa fruición por lo irreal: Cervantes sólo la ridiculiza pero la Santa de Avila la considera pecaminosa.

Viene como de perlas aquí el juicio de Cervantes en aquel regocijado capítulo del escrutinio que el Cura y el barbero hicieron de la biblioteca de Don Quijote.....

"Y el primero que Maese Nicolás le dió en las manos fué los cuatro "(libros) de Amadis de Gaula y dijo el Cura: "Parece cosa de misterio ésta; - "porque según he oído decir, este libro fué el primero de "caballerías" que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen de éste; y así, me parece que como a dogmatizar de una secta tan ma-

"la, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.- No señor, dijo el -  
"barbero; que también he oído decir que es el mejor de todos los que de -  
"este género se han compuesto; y así, como a único en su arte se debe per-  
"donar.

"-Así es verdad, dijo el Cura, y por esta razón se le otorga la vida por  
"ahora; Veamos esto que está junto a él.

"-Es, dijo el barbero, "Las sergas de Esplandian", hijo legítimo de Ama-  
dis de Gaula.

"-Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer la bondad del pa--  
"dre; tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadlo al corral, y dé prin-  
"cipio al montón de la hoguera que se ha de hacer....

"-Esto que viene, dijo el barbero, es el "Amadis de Grecia", y aun todos  
"los de este lado, a lo que creo, son del mismo linaje de Amadis.

"-Pues vayan todos al corral, dijo el Cura".

Y al corral fueron a dar, "Don Olivante de Laura", "Florismarte de -  
"Hircania", "El Caballero Platir", "El Caballero de la Cruz", todos los --  
"Palmerines, etc. etc.

Cuán español era Cervantes!

o o o

En 1499 se imprimió en Burgos la Comedia de Calisto y Melibea. "con -  
los argumentos nuevamente añadidos", de la cual dijo Cervantes ..

"Libro a mi entender divi-  
Si encubriera más lo huma--"

Tras el prólogo de la edición de Sevilla (1502) léase:

Síguese la comedia o tragicomedia de Calixto y Melibea, compuesta en  
reprehensión de los locos enamorados, que, vencidos en su desordenado apeti-  
to a sus amigas llaman y dicen ser su dios. Así mismo hecha en aviso de -  
los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeras sirvientes.

Argumento de toda obra.

Calixto fué de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición,  
de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fué preso  
en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima --  
sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre, Ple-  
berio, y de su madre Alisa, muy amada. Por solicitud del pungido Calixto,  
vencido el xasto propósito de ella (interviniendo Celestina, mala y astu-  
ta mujer, con dos sirvientes del vencido Calixto, engañados y por ésta --  
tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de delci-  
te), vinieron los amantes y los que los ministraron en amargo y desastra-  
do fin, Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportu-  
no, donde a la presencia de Calixto se presentó la deseada Melibea.

"Los amantes desesperadamente apasionados, que nos pintan los novelis-  
tas, son como los aparecidos de que se atemorizan las viejas; todo el --  
mundo habla de ellos y nadie los ha visto".

Esta frase de la Rochefoucauld es tan falsa como bonita. El sentimien-  
to del amor, tomado en su sentido más amplio, parece ser el centro de --  
gravitación del mundo moral. De él nacen las pasiones buenas y malas. El  
es la medida de la santidad, el vínculo de la familia, la causa del al-  
truismo y del egoísmo, el motivo de la virtud o del vicio, por tal mane-  
ra que alrededor del "Creced y multiplicaos" y del "Amaos los unos a los  
otros" por amor de Dios, revolotean todos los actos humanos así en el -  
orden biológico como en el orden espiritual y divino. Ahora bien, en ese  
girar, los círculos son numerosos; los hay estrechos y reducidos; los hay  
también grandes y dilatados; cuales no pasan de los límites de la materia,  
y cuales traspasan el mundo visible y llegan hasta Dios.

Aun en el orden humano, el amor lleva, no pocas veces, sus víctimas hasta los límites de lo increíble. La escala del amor es muy rica, y va desde la ramplonería, desde el mercantilismo de lupanar hasta las exageraciones de orden morboso de que nos dan cuenta -con sobrado celo- los periódicos. La lectura de la prensa demuestra la falsedad de la máxima del moralista francés y queda en el terreno de lo real el argumento de la Celestina. La naturaleza o mejor dicho, Dios al pronunciar el "Creded y multiplicaos" impuso al hombre el cargo de poblar la tierra, y con ese cargo le dió poderes no sospechados. La vida no es una niñería, un pasatiempo, un lujo; pide sacrificios, abnegación y heroísmos. Así como la madre es naturalmente capaz de levantarse hasta las más encumbradas cimas de la virtud por amor a la prole, así ese torrente desbordado puede arrastrarlo todo, destruirlo todo y aniquilar a sus víctimas de la manera más aparatosa.

Cuántas Melibeas no cita la historia! y Cuántas más no son por ella nombradas!

Así que por más atrevido que parezca el Bachiller Fernando de Rojas en el final de su tragicomedia, no hace sino reproducir lo que tantas veces ocurre, ya sea en pleno día, ya en la sombra.

No podemos resistir a la tentación de citar aquí un juicio de Azorín que arroja plena luz sobre la evolución artística y sobre el carácter -- que distingue la Literatura Castellana.

"Por primera vez nos encontramos -se encuentran los coetáneos del -- autor- ante un psicólogo, es decir ante un escritor que crea, desenvuelve, anima caracteres.

En el Arcipreste de Hita ya hay muchos de los elementos decorativos, pictóricos y ornamentales que figuran en la Celestina; pero en este libro hay lo que antes no existía. Juan Ruiz es un pintor, un colorista, -- un visul; el autor de la Celestina es un analista de espíritus y de temperamentos. En el Arcipreste, maravilloso descripcionista, no encontraréis ni un solo momento de emoción; el poeta nos hace asistir a pintorescos -- y variados espectáculos; describe el color y la forma; no entra dentro -- de los hombres, ni de las cosas; su espíritu no vibra emocionado con lo que pinta del mundo exterior. En el autor de la Celestina, en cambio, -- hay momentos de íntima y honda emoción: suplica, planea, amenaza, llora. -- Los personajes van poco a poco iniciándose, creciendo, desenvolviéndose; tienen sus afanes, sus ansias, sus dolores, sus codicias, sus alegrías, sus miserias.... Todos esos procesos psicológicos, todo este análisis del -- espíritu no se desenvuelven en lo abstracto; bellos procesos de amor y -- de pasión hay, por ejemplo, en los libros de caballerías; mas lo que --- allí, en esas historias amorosas falta, es lo que el autor de la Celestina ha traído al arte, esto es, una base de realidad, y de realidad viva, cotidiana, menuda, prosaica. Y por encima de esto, no de realidad indefinida, sino realidad de un determinado momento y de un determinado país; -- realidad, en suma, española, castiza, de lo hondo de nuestro pueblo. A -- la creación, pues, de los caracteres, el autor de la Celestina añade el -- ligar íntimo, profundamente estos caracteres a la vida de España. Ahí -- están viviendo perdurablemente todos los detalles, los más pequeños de -- talles de nuestro vivir cotidiano: las tenerías, la cuesta del río, el -- jarrillo desbocado de la Celestina, la camarilla de las escobas, las bujerías que la vieja lleva de una casa a otra, las mudas y mixturas que -- confecciona.... Unase a todo esto la rapidez del diálogo, los modismos -- populares y refranes, el lirismo exaltado de Calisto en determinados momentos, y se comprenderá el encanto profundo de este libro y su inusitada, maravillosa novedad en nuestro siglo XVI".

Sí, el aire que se respira en él es muy español, los dichos y hechos no lo son menos y por encima de todo lo son españoles, los personajes, -- desde el primero hasta el último.

Desde tal vez siempre ha existido en España un personaje multiforme y de muchos oficios: semi-bruja, mandadera, curandera, fabricante de --- afeites, partera, gitana, decidora de buena aventura, ave de mal agüero y ser propio para todo oficio a que nadie se dedica. Este personaje anda de la boca a la meca, de noche y de día con el chicote de la blasfemia - en la boca o rezando en las cuentas de un voluminoso rosario ave Marías. Se llama Trota Conventos en el libro de Juan Ruiz, es la madre de todos los picaros ya se llamen lazarillo o de cualquier otra manera; pero en ningún lugar si no es en la Celestina encontramos este personaje tipo. - En cambio aquí, nos aparece con tal dinamismo, tan vivo, tan real, tan acabado, que no hay más.

Allí va por esas calles, con pasos menuditos, mirando a todas partes, sonriendo a sus clientes y pensando en su secreta misión; en lo que va a decir y lo que le contestarán y lo que tornará a decir; cómo ofrecerá su mercadería, qué inventará para excusar su larga ausencia o sus repetidas visitas; en fin que no hay general ni diplomático que prepare mejor sus planes que esta hija del pueblo, en su afán de triunfar, de poder decir a su pandilla: así como se vio se verá lo que pudo esta flaca vieja.

En su seso caben todos los proyectos y todas las empresas y su lengua obra maestra de la persona -tan pronto se acusa y desprecia como se alaba de su saber y recursos. Ya lisonjea a los demás, ya los enardece o los reprende y humilla; tan pronto salen de sus labios palabras de devoción, sentencias, refranes, máximas excelsas como dichos sospechosos o villanías y ternos de cuartel. Insidiosa como un demonio, explota la inocencia maneja el vicio, enreda lo sencillo y deshace lo complicado con una maña que pudiera dar al diablo puntos de ventaja. Habla de su miseria y se embriaga, pregona su abnegación y no mete astilla sin sacar raja. Pero ya se alabe o vitupere, ya hable como devota o como galeote, -- nunca es repugnante porque despliega una viveza, un arte, un conocimiento tan completo del terreno que pisa, que "sólo nos aparece como el genio del mal encarnado en una criatura baja y plebeya". (M. Pelayo).

Esta creación es tan magistral, tan real, tan artística en una palabra que si en todos los países hay alcahuetas, sólo en España hay una Celestina.

El infante don Juan Manuel en el "Conde Lycañor" ya había retratado a la mala mujer a quien llama "Pelegrina" o "Veguina" del francés béguine, hembra artera y falsa. La mala pelegrina, astuta, sagacísima, logra que un matrimonio tranquilo y feliz se desavenga; comienza a recelar el marido de la mujer, y la mujer del marido; crecen los disturbios; llega el marido, gracias a una traza verdaderamente diabólica de la mala pelegrina, a degollar a la mujer; se enzarzan los parientes de ésta con el marido; lo asesinan; los deudos del marido entran en batalla con los de la mujer: toman parte en la lucha los vecinos del pueblo; resultan numerosos muertos.....Este y algo más es el abolengo de la Celestina.

Las discípulas de la Celestina no son mozas de mancebía ni mujeres del partido y eso es otro detalle artístico. Elicia y Areusa no buscan precisamente el dinero; esto también es muy español, es decir, más exuberante y donjuanesco que interesado y calculador. Ni tienen el sentimentalismo de las de Terencio, ni el ansia y sed de ganancia de las de Plauto, dice Cejador.

Los criados de Calisto son fanfarrones, cobardes e infieles; pero a la vez que criados son consejeros y amigos. Tal hermandad es muy de notar en una tierra de cristianos en que hidalgos y escuderos, lado a lado, habían participado a los mismos peligros en los campos de batalla y no sentían por su fe ninguna diferencia esencial.

Todo el fuego de la sangre castellana corre por las venas de Calisto y Melibea; él, anticipándose a ese culto idolátrico por la mujer que se refleja en el teatro del siglo de Oro, la llama su bien, su cielo, su --

Dios. Ella, vencido el pudor, se convierte en su esclava y no consiente la vida sino al lado de su amante.

Muchas veces se ha pareado Calisto y Melibea a Romeo y Julieta. Por una y otra parte la misma exaltación amorosa, el mismo delirio; pero si Romeo y Julieta pueden pertenecer a cualquier nación, Calisto y Melibea, por ciertos rasgos, por sus palabras, por todo su obrar son únicamente españoles. En sus dichos, la religión involuntariamente se mezcla con sus extravíos; a veces la blasfemia acompaña el suspiro porque el alma española es de tal modo amasada en religión que ésta no puede separarse de las otras manifestaciones de la vida.

Lo único postizo en esta obra aparece en el lenguaje demasiado culto o rebuscado en labios de los personajes en general salvo la Celestina -- que encarna la reciaura del habla popular; todo lo demás es pura expresión de la naturaleza, es realismo tan fuerte como el del Arcipreste.

o o o

Así como la Celestina fué la obra cumbre del reinado de los Reyes Católicos, así "Lazarillo de Tormes" lo fué de la época de Carlos V. Todas las literaturas poseen libros que reflejan más o menos los fondos de la vida plebeya; todas, en obras más o menos extensas, se interesan por lo popular. Le Roman de Renard nos pone en esos medios sociales en que la vida rehuyendo los convencionalismos, plantea el problema del estómago -- por cierto muy real- pero ninguna nación ha creado un género literario propiamente picaresco. Sólo España lo tiene, sólo ella ha vertido en muy divertidas páginas la vida y milagros de tantos seres para quienes el mendrugo constituye el centro de gravitación. Sería desacuerdo confundir al pícaro con el malhechor o el criminal o tan siquiera con los pillos poseedores de legítimos derechos de habitar en cárceles o en galeras. El pícaro no es un pillo, no es un ladrón, mucho menos un bandido. El pícaro dice Menéndez y Pelayo, "es el holgazán ducho en la briba, en vivir a costas de otros mediante su ingenio. La primera vez que sale el nombre es en el "Guzmán": Creyeron ser algún pícaro ladronzuelo".

Rinconete: "muy descocidos, rotos y maltratados... la ventera admira da de la buena crianza de los pícaros".

Ilustre fregona: "en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, biencriado". Tan español es el ser pícaro, tan gustoso y honroso le parece serlo, como Cervantes lo pinta en el noble Carriazo, que propia voluntad se desgarró de su casa y se da a la picardía. Pícaro fué primero el ganapán, de los Hermanos del Trabajo, y pinche de cocina; pero del picar y pinchar salió el valor que tiene en la novela picaresca y en el uso corriente.

Guzmán: "Comencé a tratar el oficio de la florida picardía; la vergüenza que tuve... perdíla por los caminos...; era bocado sin hueso, lomo descargado, ocupación holgada y libre de todo género de pesadumbre".

Mateo Luján: "eché de ver en mi vida picaresca que muchos hijos de buenos padres que la profesaban, aunque después los quisieron recoger, no hubo remedio; tal es el bebedizo de la libertad y propia voluntad".

Los pícaros españoles son un mucho de filósofos estoicos con un poco de cínicos.

En resumen, el pícaro sin ser verdaderamente criminal, pertenece al hampa; tiene pocos o ningunos escrúpulos, particularmente en procurarse medios de mantenimiento; a pesar de ello, en ocasiones gusta de exponer máximas y sentencias morales; sus sentimientos de humanidad son manifestos; es buen creyente aunque pecador; no está habituado al trabajo regular sino que es perezoso y holgazán; su ocupación normal es la de servir a otro; el hurto es frecuente en él pero no el robo; es astuto, ingenioso e imprevisor y participa de todas las preocupaciones de su tiempo. (Hurta

do).

Si la novela picaresca no fuera más que la manifestación de este interesante mundo picaresco ya sería interesante; ofrecería una mina riquísima a las observaciones de los psicólogos; pero es más; la sociedad toda queda retratada con finas pinceladas a través de sus páginas. Por tal modo que reúne: un cuadro de costumbres y una amena sátira social.

Del análisis del "Lazarillo de Tormes" se desprenden estos dos caracteres. Véase en primer término quién es la madre del pícaro:

"Mi biuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos y vino a vivir a la ciudad e alquiló una casilla y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes e lauaua la ropa a ciertos mozos del Comendador de la Magdalena, de manera que fué frecuentando las cauallerizas.... A mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zaida en la suya acogiese".

Como se ve, ésta y las demás madres de pícaros, ganan su pan a duras penas.... y se amparan quien más quien menos del oficio de la Celestina.

Hay además en España una clase de pordioseros dignos de mucho interés, y que, si nada ven con los ojos del cuerpo, mucho distinguen con los del ingenio. Piden limosna con hidalguía porque proporcionan a los ricos un medio de cumplir la grave obligación de la caridad. Si bien reciben el pan que alimenta el cuerpo, proporcionan el que al alma de sustento; y si con una reciben, con la otra dan, y en paz. No es pues deshonroso el pedir limosna, no entraña falta de vergüenza el mendigar y aun se puede tomar por oficio porque a la verdad no es el menos productivo.

Acude a nuestra mente el recuerdo de las caras escandalizadas de los extranjeros que a España van: No serán ellos más ciegos en achaques de psicología que los pobres privados de la vista que les tienden la mano?

El ciego -primer amo de Lázaro- "un punto sabía más que el diablo, -- era mezuquino y avariento.... En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos como otros suelen hacer....."

Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos... en caso de -- medicina decía que Galeno no supo la mitad de él.... Con esto andábase -- todo el mundo tras él, especialmente mujeres que, cuanto les decía, creían. De éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año".

Verídica pintura dirá el español; tipo muy particular hasta hoy nunca visto, exclama el extranjero: Realismo puro, pintura del natural en lo -- físico y en lo moral.

He aquí unos ejemplos más:

"Escapé del trueno y di en el relámpago porque el ciego para con éste (el Clérigo) un Alejandro Magno.... No digo más sino que toda la lacería del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o lo había añejado con el hábito de Clerecía.... Los sabados comense en esta tierra Cabezas de carneros y enviábame por una que costaba tres maravedís. -- Aquella la cocía y comía los ojos y la lengua; y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenía, dábame todos los huesos roídos diciendo: toma, come, triunfa, que para ti es el mundo mejor villa tienes que el papá. Tal te la dé Dios, decía yo para mí...."

Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente, y el otro en mis -- manos. Bailábanle los ojos en el casco, como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían, tenía por cuenta. Acabado el ofrecer, luego me quitaba la conchete, y la ponía sobre el altar".

Si comparásemos este retrato de un avaro con el no menos subido de co

lor que hace Quevedo de Domine Cabra, quedaríamos edificados acerca de ciertas tendencias entre el clero bajo de aquellos tiempos que solían tener más a menudo cebollas que perfiles.

Sigue la galería: "...Topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden....Llevóme tras sí por gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendía pan y otras provisiones y yo pensaba y aun deseaba que allí me cargase de lo que vendían....En este tiempo dió el reloj la una y llegamos a una casa ante la cual mi amo se paró y yo con él.... Entramos en casa. Desde fuimos entrados, quita de sobre sí su capa y preguntándose si tenía las manos limpias, la sacudimos y la doblamos, y muy limpiamente sacando un poyo que ahí estaba, la puso en él.... Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal por ser casi las dos, y no verle más aliento de como a un muerto....Yo ya he almorzado y hágote saber que cuando así como algo, hasta la noche me estoy así....La noche venida díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho...pasemos como podamos; y mañana Dios hará merced, que yo por estar solo no estoy prevenido".

El Capítulo del "Lazarillo" que al escudero se refiere es de lo más sustancioso de la obra. En unas cuantas páginas se nos hace saber no sólo la vida estracha y artificiosa de la pequeña nobleza, sí que también sus preocupaciones tocantes a la "opinión", la situación más desahogada de los humildes, el orgullo de los grandes sin decir las numerosas escenas de la vida cotidiana en una pequeña ciudad de provincia.

El fraile de la Merced -tercer amo del protagonista- "era enemigo del coro, de comer en el convento y rompía más zapatos él sólo que todo el convento".

Para no cansar al lector sólo mencionaremos al falso bulero y sus mañas simoníacas; al alguacil, con los sustos nocturnos por cuchilladas en guimientos, asaltos y demás diversiones de la gente del hampa, clientes suyos; al arcipreste y el papable comercio de vinos y sus andanzas non sanctas, así como un vistazo indiscreto sobre las trozas de los sacristanes, gente de alguna categoría en aquel tiempo.

Los modernos pueden extrañarse de la gran fortuna de un libro de tan pocas páginas y desprovisto de erudición. Una rápida lectura puede darles la impresión de una obra de puro pasatiempo como lo manifiesta Fonger de Haan en su libro: "An Outline of the History of the novela picaresca in Spain". "My impression, is that the author, whose name we can only hope to me happy discovery may reveal, was a person who may have gone through precisely those adventures that he describes, being of humble birth and later of modest position, in which he became known as relating interesting things that had befallen him in his youth; and that he was requested by a person of rank to put his experiences on record for the amusement of the general public". Esto es muy simple porque en general los escritores españoles de la época solían tener segundas miras, (véase el prólogo de las Novelas Ejemplares y el de la Celestina) y además la lectura atenta del "Lazarillo" revela dos cosas: un admirable cuadro de costumbres y una fina sátira de la sociedad. Por lo que al primer punto atañe, ya hiciamos observar su alto valor. En cuanto al segundo podemos decir que el autor, con suma sencillez e ironía finísima va descubriendo el velo que oculta la vida interna de España. En sus hechos públicos, en sus acontecimientos de marca, España fué bien conocida, envidiada y criticada; pero por los que a su vida interna respecta, cuántas ignorancias hubo! y cuánta falta de generalizaciones injustas o fuera de lugar! Léase el "Lazarillo" y se verá los trabajos de los pobres, los humos de los nobles, los perjuicios de hidalgos y escuderos, el funcionamiento de la organización social y el relajamiento de costumbres en ciertas profesiones así como todo lo sano y viril que mantiene en pie una cultura fundada en los mayores valores de la vida.

Leída la novela picaresca como se debe, descubre el pozo de la verdad a todo espíritu no prevenido; la vida bulle y palpita en ella sin rozos y descartados los rasgos subidos y exagerados sólo queda un cuadro perfecto e instructivo, de forma ligera, de poca materia y de rico fondo muy ajustado a la realidad.

O O O

El Quijote de Cervantes es uno de los libros más conocidos en el mundo; sin embargo podemos asegurar que fuera de España es generalmente muy mal interpretado cuando no se le considera como un patrañuelo cualquiera. El hombre, al revés de lo que parece, pocas veces rompe la cáscara para llegar a la nuez. Lo ordinario es detenerse a lo superficial, a lo que únicamente halaga la fantasía y los sentidos; a muchos les pasa lo que a la golondrina de un cuento de Oscar Wilde: "pensar les hace dormir". La lectura del Quijote ha provocado muchas carcajadas y tal vez muy pocas lágrimas, y, sin embargo, no es lo contrario lo que debiera acontecer? Seremos, la generalidad, como el estudiante que riéndose a mandíbula batiente, y visto por el rey, dijo éste: o está loco, o lee el Quijote?

Para desentrañar el significado de la obra más grande que en el campo de las letras posea España, para comprender todo su alcance y honda filosofía, es de toda necesidad saber algo del siglo de Cervantes. Criticar la obra desde el punto de vista del siglo XX, injusticia sería o cuando menos estulticia y torpeza. Y conste que esto no es decir que el Quijote sea sólo obra de una época y de un pueblo, muy humana es, y de todos los tiempos en cuanto a sus verdades transcendentales se refiere; pero muchos de sus accidentes quedarían en la sombra sin el conocimiento de que venimos hablando, sin un regreso al siglo de Oro en el cual España está en su apogeo y los caracteres de su alma nacional tienen relieves inconfundibles ya rectos, ya torcidos.

Cuál fue el sentir de esos caballeros que representan los sucesos de los adalides de las antiguas luchas? Cuatro sentimientos albergan en el pecho de todo aquél que lleva espada y tiene escudo: el deseo de proteger a los débiles, la lealtad al soberano, el respeto a la mujer y el culto del honor. Toda la literatura del siglo de Oro refleja este sentir caballeresco; la viuda, la doncella, el huérfano están bajo la protección del caballero, ofenderlos es ofenderlo; maltratarlos es herirlo a él; nunca su hidalguía permitirá agravios cobardes a los indefensos. El soberano es el señor natural o mejor dicho el padre; de ahí el que se considere sacrilegio levantar la mano contra él. El rey es dueño absoluto, pero "del rey, rey su ofensor, en cuanto se percata de su error, mata con la daga a don Pendo. El padre, verdadero soberano en el hogar era objeto de culto por parte de sus familiares. Cita Salcedo Ruiz que "racasó una comedia porque los autores presentaron en las primeras escenas a un hijo que ignoraba que uno de los personajes fuese su padre. Con este desconocimiento, agraviado el hijo, da una bofetada al padre. El público no quiso oír más, y la protesta en el corral tomó caracteres de motín y por poco matan a los Comediantes.

El respeto a la mujer llegó ciertamente a traspasar los límites de la razón y a trocarse en una especie de idolatría. El lenguaje con las damas toma formas tan afectadas e hiperbólicas que molestan nuestro actual modo de ser; pero en el fondo el honor de que goza la mujer aun hoy día en los países españoles, a más de ser como en otras partes fruto del cristianismo es un residuo de las costumbres de esa época caballeresca.

La honra conyugal fue una flor tan delicada que el menor soplo era capaz de ajarla. Y no se cree que el desquilleo provocara el enorme número de duelos que la historia y la literatura refieren. Prescribía el Fuero Juz-



go que los adúlteros "fueran metidos en manos del marido e hiciesen de ellos lo que quisiesen". Por consiguiente nunca la infidelidad provocó duelos, sino asesinatos que los ignorantes atribuyen al supuesto instinto vengativo y traicionero del pueblo español. Esto se verá claramente si se tiene en cuenta que los grandes para dar menos publicidad a su deshonra, acostumbraban hacerse justicia en secreto. A secreto agravio, secreta venganza. La única voz que se oye en contra de tal costumbre, si bien legal, muy bárbara, es la de Cervantes en "Persiles y Sigismunda": "Volved en vos, y dando lugar a la misericordia no corraís tras la justicia. Y no os aconsejo por esto que perdonéis a vuestra mujer, para esto no hay ley que os obligue. Lo que os aconsejo es que la dejéis, no volverla a vuestra casa que es el mayor castigo que podréis darle. Vivid lejos de ella y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis". Continúa: "La ley del repudio fué muy usada entre los romanos, y puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso a la paciencia y poner en un punto extremado la discreción, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida... Y finalmente quiero que consideréis que vais a hacer un pecado mortal en quitarles las vidas que no se ha de cometer por todas las ganancias que el mundo, atesora".

Erróneo sería creer que la mujer era algo así como las moras en el serrallo. Si la honra del marido era sagrada, no menos era la de la mujer: ésta sabía reivindicarla, tenía conciencia de su dignidad y libertad, y si bien los padres intervenían tal vez más de lo debido en su colocación, no siempre eran acatados sus mandatos. Por otra parte, lejos de ser una perfección, la mujer tenía todos los defectos femeninos: afecto a golosinas, a tocados vistosos, a las alhajas y adornos que complacían su vanidad.

Por fin hallamos en aquellos hombres y mujeres, todas las pasiones buenas y malas del corazón humano; la coqueta codea al galán, al enamorado de profesión.

Los duelos eran provocados por competencia amorosa, por descortesías o tan sólo por acreditar el valor personal. Se actuaban sin padrinos ni testigos, a media calle, con armas blancas. La menor ofensa hacía se sacasen las espadas o las dagas y los contendientes se acuchillaban a todo su sabor hasta que los transeúntes a la justicia se interpusiesen por que uno de los dos quedase fuera de combate. La justicia se mostraba por celosa en aprisionar a los espadachines y las más veces podían huir o acogerse al escondite que nadie rehusaba en tratándose de casos de honor.

Al lado de esta clase social el pueblo se movía en una esfera si bien parecida, no igual. Tenía sus puntos de celo tocante al honor como los hidalgos; Pedro Crespo en la Comedia Calderoniana "El Alcalde de Zalamea" exclama: "Al rey la hacienda y la vida se ha de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios".

De la novela picaresca se podría colegir el hambre como fantasma perpetuamente atormentando a la pobre gente; nada más falso; el pan y el vino nunca faltan en casa de Sancho y con harta frecuencia el improvisado escudero en sus momentos de mal humor y de ayuno, menciona con tristeza lo que ha dejado, para seguir las venturas y desventuras de su Señor Don Quijote.

Expuestos los anteriores conceptos cabe preguntarse ahora cuál fue la idea que presidió a la composición del Quijote? Quiso Cervantes agregar una novela más a las que tenía escritas? Se propuso acaso únicamente divertir a sus lectores? O más bien "derribar la máquina destes caballeroscos libros" que habían volcado tantos sesos? Todo ello probablemente y además impulsado por su genio formar el más estupendo cuadro de lo ideal junto con lo real que el mundo del arte ha producido. Por descabellada hay que tener la opinión de los que hallaron en el Quijote un tra-

tado de teología, de filosofía, de astronomía; un compendio de medicina - u otras disciplinas; y no menos errado el concepto de los muchos que solo ven en el libro, una novela caballeresca a modo de caricatura para provocar la risa. Entre las dos opiniones, en el justo medio, pueda que se esté la verdad. Para nosotros, el Quijote es la obra representativa del genio español, es un admirable y completo cuadro de costumbres, una clara - visión de los positivos valores humanos tanto en el orden natural como en el espiritual.

Por de pronto, el realismo aparece sin velos. Allí está la Mancha, a las puertas de Madrid con sus llanos, sus prados, sus ventas, sus encrucijadas, sus batanes y sus carretas. Muy poco ha cambiado desde Cervantes, lo que en su tiempo había, sólo ha adquirido algo de nuestra civilización sin perder sus pasados usos. "Hablar de todo esto, dice Azorín, sería poner en relación la realidad de hoy con la realidad pintada por Cervantes, sería restablecer una armonía de humanidad y cordialidad entre la obra y el lector; sería ligar a sus raíces naturales - la tierra - manchega - una planta producida por las dichas raíces".

El primer paraje quijotesco que podría visitarse es la venta en que fué manteado Sancho. Según Azorín, se halla situada a media legua de Fuente del Fresno, dista veinticinco leguas de Madrid y cuatro de Consuegra, lleva hoy el nombre de Casa Blanca. Traspuesto el portal, a la izquierda se veían las escaleras que daban al desribado camaranchón donde prepararon aquella maldita cama que sirvió de potro para que le bizmasen al hidalgo manchego los cardenales que en su cuerpo habían labrado las villanas estacas de los yangueses. En los poyos que rodean el hogar, leyó -- el cura la novela del Curioso impertinente. Las ventas de Puerto Lápice se hallan en el camino de Madrid a Andalucía. En la llanura de Villalta aconteció la temerosa aventura del vizcaíno. De Villalta se pasa a Montiel. Por sus campos hizo Don Quijote su primera salida. Mas, quede esto aquí para descanso del lector, ya edificado, sin duda, acerca de la verdad tocante a la geografía del Quijote. Entrese, más bien, por este mundo real y vivo y sepa lo que en él hay. Y tras de voltear páginas irá -- convenciéndose que la obra de Cervantes encierra toda la literatura de su tiempo: Allí la novela de Caballería sacada a luz del sentido común donde aparece con sus andrajos prestados, sus ínfulas y sinrazones.

Allí la novela pastoril un tanto menos artificial que en Montemayor y Gil Polo, con verdaderas dehesas en vez de soñadas Arcadias, los pastores con sus zurrones y bandurrias en lugar de flautas y liras y otros adminículos cortesanescos. Allí la novela sentimental sin cárceles de martirio; ni raras vocables, ni misteriosa metafóras ni esfinges de alegorías que de veras martirizan la llaneza, la realidad, y la verdad del vivir. Allí la novela morisca no soñada ni desfigurada pero tan sencilla e ingenua como aquella otra apellidada "Abindarráez y la bella Jarrifa". Véase también y deleítese el lector con el sabroso cuento narrado despacio por el paciente Sancho o cualquier otro viandante de su ralea, de poética imaginación, amigo de vericuetos, rodeos, alargamientos, añadidos y complementos, porque la vida para ellos, no tiene fiebres ni prisas, ni torbellinos, sino que "A cada día su afán" y "mañana amanece -- rá Dios y medraremos".

Goce el lector de la melancólica canción popular modulada a la luz -- de las estrellas, cuando una inmensa quietud envuelve la naturaleza y -- sólo rompen ligeramente el silencio los cencerros del ganado o el chillido del buho que cruza por encima del robledal. El que guste de sabiduría popular, el que quiera ver en toda su sencillez y rectitud el alma del -- pueblo oiga a Sancho decirle en refranes todas sus esperanzas y sus -- tanzas. Qué necesidad tiene él de argumentos o de construir períodos? -- guna. Los pasados tiempos le ahorraron el cuidado. Sancho habla mucho y -- con todo piensa más de lo que habla porque los pobres son tímidos y ade --

más estiman en poco sus lucubraciones. Sancho tiene a veces necesidad de hablar: para decir sus temores, sus alegrías, para recordar a su amo que está en un mundo donde se come y se bebe, para preguntar muchas cosas que ignora y que apetece su alma sencilla un tanto cubierta por la hojarasca del trajín cotidiano. Qué sabrosa es la charla de ese ignorante que unido al tronco secular participa de la profunda y sana filosofía del pueblo! El pueblo expone su filosofía en refranes; los sabios en máximas. Cuando la máxima del sabio corresponde a una verdad, el pueblo le cambia ropaje y la viste de refrán.

Bien veo, lector amigo, que te vas interesando en esa vida que Cervantes te pone ante los ojos. Ven, pues, conmigo para andar tras Don Quijote hasta que demos con él en uno de esos castillos manchegos que a nosotros nos parecen ventas. Monta un rocín, o si prefieres, un rucio; toma alforjas, si por casualidad pertenecieras al gremio escuderil, -que los caballeros no las acostumbran- y sígueme por las empolvadas carreteras. Te aviso que esta noche no podremos alcanzar poblado, pero a nuestra mano está pasarla en las chozas de los cabreros. En ellas nada nos faltará; buenos y sabrosos tasajos de cabra, bellotas y queso, leche y la amena compañía de los pastores. Pueda que recuerdan aún el día cruso de Don Quijote sobre la edad de Oro; y de mí sé decir que lo prefero a comer pan en manteles.

Los Yangueses esos, que tanto polvo levantan con su recua, son los desalmados, y soeces que tras de reprimir los ímpetus de Rocinante, dieron a Sancho y don Quijote con sus estacas, hasta dejarlos en la más humillante postura, en que caballero andante jamás se vió.

Pero lleguemos presto a la venta que allí verás las inauditas desventuras que a nuestros amigos acontecieron. Ve este hombre en mitad del portal, es el ventero y tiene por mujer a aquella campesina remangada - que va y viene de la cocina al corral, afanosa, diligente con la bondad pintada en el rostro y la caridad anidando en su alma. La otra, más joven, es su hija, aquella que soñaba caer de alta torre y que nunca acababa de llegar al suelo.

Aquí la asturiana con sus sombras y dejos de cristiana puesto que - dió de beber vino al manteado, de su propio peculio; los cuatro perales de Segovia; tres mozos del Petro de Córdoba y dos de la Hería de Segovia. Gente alegre, juguetona, maleante y bien intencionada, hábiles en muchas suertes de trabajos y especialistas en manteamientos.

Aquella moza regordeta asturiana de que te acabo de hablar es Martines de mucho mirar y huzmeaar, tan capaz de uncir un par de bueyes como de trastornar los sentidos a cualquier arriero. Sirve a muchos amos y cuando la fortuna le es adversa, recibe en pago de sus oficios, pellizcos, puñetazos y molimiento de costillas.

¿ Ves cuántas gentes y cosas vas conociendo andando por estos caminos manchegos? Da pues, por bien empleadas tu jornada y tus fatigas y no seas del número de los necios que sólo ven molinos de viento, mantas, batanes, yellos de Manbrino y otras fruslerías, cebo de la curiosidad natural.

¿ Qué es infeliz y monótona la vida de estas buenas gentes, dices? La monotonía nace en los palacios, en ellos se cria y en ellos mora. Los campesinos la desconocen y aún más los venteros. En cuanto a lo de infeliz, olvidaste que la dicha es una resta: la diferencia entre los deseos y la realidad. Aquí se desea salud y gracia de Dios. Avisa tu saldo y dime si eres tan dichoso como ellos? Su vida es la buena, la natural; desconocen los convencionalismos, la etiqueta, los intereses ficticios; la gleba les da pan, el aire pura salud y su conciencia alegría y ración suficiente de poesía; la vista del oro no les enturbia la vista del cielo donde penetran con los ojos de la fe.

Mas sigamos nuestra interrumpida caminata. No importan para nuestra

cuenta: los ejércitos fantásticos con sus pentapolines y alifanfarrones ni el muerto y sus encapuchados acompañantes que van camino de Segovia, cudero oyendo el estruendo de los batanes, y don Quijote los gracias - cuentos de Panza; saludemos de pasada al infortunado dueño del yelmo de Mambrino y apresuremos para encontrar a Ginés de Pasamonte y demás gente de pro que la Santa Hermandad conduce a servir al rey en sus galeras. Helos aquí; admira en esas cadenas rotas el modo de llevar a través de las montañas a esas cuadrillas de rufianes; canarios o músicos, faltos de escudos para comprar la justicia, enamorados de lo ajeno, alcahuetes y ladrones de profesión. Si en alguna otra parte te has hallado en compañía señorial de nobles damas y apuestos caballeros, o en medio de docientos varones allá en las grandes universidades, viste ahora en pleno despoblado en medio de toda la hez del reino y si por el hilo sabes sacar el ovillo, no andarás ayuno de noticias acerca de las trapacerías, embustes y engaños que por el mundo no alcanzan a destruir la caterva toda de los andantes caballeros.

Para ahorrarte el trabajo de andar en Sierra Morena, volvamos grupas hacia la venta de marras que allí no faltará compañía. Sin moverte un ápice de la sala principal verás desfilar ante ti: estudiantes fugitivos, Moros de carne y hueso enamorados de todos estados y profesiones. Oírás sus pláticas y sus inverosímiles historias, conocerás sus costumbres, -- palparás su generosidad e hidalguía que por contagio pasa de un noble pecho al corazón de un ganapán.

Otro día amanecerá Dios y darte será viajar en compañía de los comediantes de la legua, gente de mucha consideración y utilidad en la república; tal vez instruirte en todo género de artes literarias si topamos con el sabio canónigo que con tan poco comedimiento trata al gran Lope o bien solazarte en la bien acondicionada morada del caballero del Verde -- Gabán oyendo las sabias razones que fluyendo de sus labios ya acerca de cosas del campo como en lo tocante a la buena crianza, a versos y a prosas. Y si la fortuna nos es benigna llegaremos al castillo de los duques, veremos sus diversiones y pasatiempos campestres; la turba de criados, criadas y dueñas que autorizan su rango; y menos serán de admirar su brio, esplendor y generosa hospitalidad que la ruindad de sus pechos cubiertos de seda y brocados. Baste para ello recordar las burlas indignas que a sus huéspedes hicieron; porque villanía fué esa aventura gatuna -- que tanto molestó a don Quijote; muy ruin el poco agradecimiento que para Sancho tuvieron tras haber gobernado con tanta discreción una de sus posesiones. Y si no fuera por cierto temorcito, con mil amores se podrían gastar un par de días en la compañía de Roque Guinart donde hay mucho que ver, más que aprender y no poco que admirar. Pero el tiempo pasa y con sólo asistir al tremendo combate del caballero de los Leones y el de la Blanca Luna nos despediremos de esas andanzas tan instructivas para tener solaz de conversar un poco con aquel loco en obras y cuerdo en razones que tanto asombro sembró a su paso y bendeciremos al cielo si desarmado en su casa le hallamos, convencidos que de sus labios saldrán tantas buenas verdades como sus pasados discursos dejan presumir.

Pero dejémos de ficciones y ligerezas que más atención merecen con los altos valores que vamos a tomar en consideración siquiera sea de rápido modo.

Por loco eres tenido, valeroso caballero porque no obras como nosotros, pero si fuéramos más cuerdos, quizá podríamos invertir las propiedades; mas no, nuestro orgullo nos ciega y cuando no somos bastante grandes y tenemos solamente vanidad; no podemos confesar nuestra necesidad, -- entonces echamos la capa sobre tus hombros. Cárgala buen hombre, que para ello, te sobran ánimos; a mayores empresas has dado cima.

El lucha con su pobre lanzón, contra molinos de viento, contra rebaños de vil ganado, contra leones fieros y sonreímos de su simplicidad. - Nosotros destruimos nuestras fidas, nos ensañamos contra nuestros hermanos, acumulamos elementos para destruirnos, hacemos servir toda nuestra inteligencia en obra de muerte real, y nos llamamos héroes; cubrimos --- nuestros pechos con cruces y alzamos nuestras frentes nimbadas por la -- gloria.

El va por caminos y veredas buscando aventuras, enseñando a ignorantes, hablando andando, como la humanidad antes de su extravío; habla a la naturaleza, habla a Sancho, habla consigo mismo, con su señora y también con su Dios. Nosotros también andamos, pero buscando placeres, honores y riquezas, y hablamos de oro, de ambición o proyectos, hablamos con nuestros hermanos para tentarlos y cuando a ellos se dirige nuestro pensamiento es para averiguar cómo podremos explotarlos.....Pues bien, tú eres loco, nosotros somos cuerdos. Pongamos oídos a sus razones, oigamos sus palabras, aun pronunciadas en el delirio porque el instinto de la -- justicia aunque se halla enterrado debajo de las ruinas de un hombre, no es imposible descubrirlo, como puede descubrirse un nido de águilas bajo los escombros de un antiguo monumento.

El instinto de la Justicia está en medio de su corazón. Por eso se -- armó caballero; por eso anda de día y de noche por yerros y poblados buscando huérfanos abandonados, doncellas sin amparo, viudas sin sostén; está en el mundo para prestar su brazo a los que desfallecen, levantar al caído y llevar en ancas de su rocín al que no puede caminar. Como de perlas viene este ejemplo en nuestros aciagos tiempos en que los hombres -- dan el espaldarazo a quien se encuentra al bordo del abismo. Otros gallos nos cantarán si los caballeros del ideal o de la caridad cristiana, despojándose del desprestigiado vestido de la filantropía anduvieran regenerando vidas en vez de matarlas, ayudando al débil en lugar de esclavizarlo para que sirva de instrumento a sus bajos intereses. Loco eres, caballero manchego, porque la humanidad no alcanza a comprender toda la caridad que se anida en tu alma; porque la humanidad ha perdido en parte el sentido del Evangelio; y en vez de recordar el "Amaos los unos a los otros" ha plenamente confirmado el triste dicho del filósofo: "homo homini lupus". El hombre ha bajado la vista, ha palpado el oro, ha gustado -- el placer del bruto y se le olvidaron los valores del espíritu. Aplica -- el tanto por ciento a los valores del alma y dice: éstos ya no se cotizarán en la bolsa. Ha perdido el sentido de las realidades sobrenaturales y aun espirituales y califica de utopía y de sueño el inmenso tesoro que pretendes mostrarle. El hombre está tan hecho a la injusticia que se ha acomodado con su existencia y no sólo la sufre si que también la provoca. Muchos humanos repiten sumisos la frase del galeote: voy a galeras por -- que me faltan veinte escudos. Qué distancia entre la justicia de don Quijote y la nuestra! y entre su verdad y la nuestra! El ni sospecha que un labriego que ha empuñado su palabra de pagar el sueldo a su mozo pueda -- no cumplirla; y nosotros aun bien provistos de documentos dudamos de la fe de otro. El aprecia en mucho más que el comer o beber el cumplimiento del deber, la conversación del sabio y aun la canción de un pastor; y nosotros a estas necesidades las llamamos con garbo lo positivo, lo indispensable, lo primordial.

Qué mucho, illustre andante que se te tenga por loco! lo contrario sería de extrañar! Nosotros preferimos ser Sanchos, preferimos llenar nuestros estómagos que atender a las verdades que redimen; pero tal vez; Sancho sigue arrastrando su inocente egoísmo en pos del ideal en persona. -- Sancho se solivianta, se educa, atrae hacia la tierra a aquel que va demasiado alto, pero el también llega a vislumbrar toda la sabiduría de su amo. En cambio nosotros nos reímos de la gracia del uno y de la locura -- del otro.

En la personificación de lo ideal y de lo material está, a nuestro modo de ver, el mayor mérito de Cervantes. Sus dos inmortales creaciones vivirán para honra suya y baldón del egoísmo o mientras duren los hombres, y ojalá! se realice lo que un poeta asegura: "En el Quijote el mundo aprende a pecar". Ojalá aprenda también que hay divinas realidades fuera de la materia, que hay valores a más del oro, que no producen bajezas, que no esclavizan a sus dueños, que no merecen el anatema de Cristo y que los ladrones no codician porque quien los tiene los quiere dar. -- Dichoso y grande es el pueblo que ha sabido aleccionar al mundo y que no sólo ha levantado estatuas a Venus y a Mamón pero que ha edificado un monumento perdurable cuyas altas agujas señalan constantemente el cielo -- "que es morada sin pesar".

o o o

Comprobados los valores espirituales tan gallardamente presentados en el Quijote, se ofrece ante nuestra mirada otro mundo, mucho más encantador, mucho más rico, pero mucho más difícil de caminar. Por él pasaron hombres y mujeres que fueron amigos de Dios y sus privados. De él dejaron descripciones e itinerarios admirables pero de no fácil alcance. --- Ellos recorrieron aquel mundo palmo a palmo, siguiendo, ya estrechas y tortuosas verdades, ya caminos anchísimos, o pasos y desfiladeros de difícil acceso. Unas veces se gozaron con la vista de hermosísimos panoramas, idealmente bellos, frescos, esmaltados de flores, inundados de luz; otras, en plena noche se hallaron en lo más cerrado de la bravía selva y a duras penas dieron con el camino para salir de ella. El cielo, esplendoroso un día, amanece al siguiente encapotado, oscuro, bajo y presagiando tempestad. Ecuánimes, esos amigos de Dios se pasearon a todo su sabor -- por el tal mundo maravilloso, lo recorrieron en todos sentidos y con sus propias narraciones las que van a ocupar nuestra atención. Los hombres han llamado esa literatura ascética o mística.

Todas las naciones poseen tesoros de más o menos valor sobre la mística, pero creo que ninguno puede compararse a España cuya riqueza es -- fabulosa en cantidad y calidad.

Durante el siglo que vio la apostasía de Lutero y la caterva de embaucadores que se esforzaron por desviar a los hombres el camino de la salvación, España produjo una multitud de sabios y de escritores, de artistas y de santos cuyos trabajos y escritos así como su santidad consolaron a la Iglesia por las ingratitudes y la perdición de algunos de sus hijos. Los protestantes se desviaron lastimosamente de la verdad y de la vida buena; los místicos españoles escalaron las cumbres más arriesgadas de la teología, sondearon las más espantosas simas de la humana miseria y nunca perdieron la recta dirección, ni la vista de la estrella luminosa que señala las vías del Señor.

Admiración del mundo por su santa vida, gloria de la ciencia por su pura doctrina, corona del arte por las bellezas que crearon a raudales y que vertieron ante los hombres sorprendidos y a la vez extrañados. Y, --- como no extrañarse al contemplar los irisados rayos de luz, luz, las más sutiles tintas, los más delicados toques, los cuadros más ricos, dulcísima música divina, efluvios de ricos aromas e frescas auras, salir de la mente y de la pluma de esos varones y mujeres que realizaron, de modo admirable los más sagrados valores de la existencia.

Y así como, en su misma época, el amor humano tuvo sus poetas, que, ya en la lírica, ya en el teatro, dijeron sus glorias y encantos, en dulcísimos y apasionados acentos, así el amor divino los tuvo; y éstos nacieron van en zaga a aquéllos, quien en lo poético, quien en la profundidad.

Muchos de los místicos y ascéticos tienen la singular prerrogativa de transcribir con su bien cortada pluma no las lucubraciones de su men-

te sino los amplios latidos de su corazón. Sus obras son el fiel retrato de almas excelsas en comunión estrecha con Dios y saciando su sed de ideales en la fuente de la belleza. Qué mucho si sus pinceladas sean inimitables! para realizarlas o siquiera para reproducirlas necesario sería rehacer en nosotros su vida con sus heroicas virtudes, y esto es lo arduo; y en esto está el mérito de esta literatura, en ser la transcripción de una vida muy santa, en ser el trasunto de actividades de orden divino tan ajenas al solo genio que poco o nada han comprendido en la mística los que han ido a ella únicamente con su razón o su gusto artístico, refinado. Las obras místicas pertenecen al arte sin duda; pero traspasan su dominio, van más allá de lo bello, hallanse en el campo de lo santo, de lo divino y dieron la nota artística en toda su plenitud, fué sin buscarlo, sin quererlo pero de modo inevitable, puesto que en Dios se auna todo lo santo y todo lo bello.

El idioma castellano en el siglo de Oro era ciertamente muy rico, muy flexible y afinado, capaz de los más robustos acentos y más sutiles pensamientos o sentimientos más tiernos y delicados. Sin embargo, pedir al lenguaje de los hombres la expresión de todas las ideas de Dios es, sin duda, querer lo imposible.

De ahí, la tremenda dificultad que se presentó a los místicos de expresar con palabras mortales los matices de la voz de Dios.

Arrobados hasta la muy íntima amistad con el Creador oyeron su divino Verbo, sintieron los toques de su gracia, se inflamaron en la inmensa llama de su amor, y cuando se iban a dar a nosotros para hacernos partícipes de los tesoros de sabiduría que habían aprendido en los arcanos del Eterno, entonces una enorme desesperación se apoderó de sus almas. En efecto, dónde encontrar ese instrumento capaz de reproducir las músicas del cielo? Dónde hallar la expresión adecuada a las lecciones y enseñanzas de la infinita sabiduría? "Ah, Señor, mío, exclama Santa Teresa, aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada!" -- Hijas mías, habéis de tener paciencia, porque no sabré dar a entender como yo tengo entendido, algunas cosas interiores de la oración, si no es así, y aun plega al Señor que atine a decir algo; porque es bien difíciloso lo que querría daros a entender si no hay experiencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar, en lo que plega al Señor no nos toque".

Por eso los críticos que no tenían "la experiencia" han desbarrado a veces lastimosamente al juzgar las palabras de los místicos; quien los ha tenido por enfermos mentales y quien por apasionados en el amor humano. No se escandalice el lector de tales juicios; es tan grande la ruindad del corazón que no llega a concebir lo que él no puede abrazar. Y -- pobre el intelecto que rechaza, a veces, todo lo que no cabe en el mezquino círculo de causas y efectos.

Enamorado es San Juan de la Cruz cuando exclama:

Adónde te escondiste,  
Amado, y me dexaste con gemido?  
Como el ciervo huíste,  
Habiéndome herido;  
Salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura vierdes  
Aquél que yo más quiero  
Decídle que adolexo, peno y muero.

Buscando mis amores,  
Iré por esos montes y riberas,

No cogeré las flores,  
No temaré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.

Enamorado, sí lo es; pero no de las criaturas, no de la belleza caduca y frágil de la tierra; enamorado es de esa belleza infinita que su alma vizlumbra en un raptó sublime. Prendió de las palabras de amor puro, buscó palabras para desahogarse y ... no encontró en el lenguaje humano marcos y sus símiles; y aun no satisfecho, con haber sufrido la decepción, procuró valerle del más poderoso vocabulario lírico para dar salida a sus ardores y nosotros quedamos embebidos de tanta poesía, de imágenes tan frágiles, de tan divina frescura y encantos que nos hace reír de placer, que nos exaltan, nos mecen, nos privan, nos deleitan, mientras él, triste y desconsolado exclamaba: no es eso; no se puede; qué tosco lenguaje, qué basta hilaza para decir lo que siento, lo que me embarga, porque Dios me mostró su gracia y me robó las fibras todas del corazón. Oh, cuán cierto es que el hombre nunca, ni su corazón nunca comprendió!..... Qué son las fuentes cristalinas, los bosques misteriosos, los sotos escondidos, las flechas voladoras, la lumbre de los ojos, el ciervo vulnérado, el aire y sus aromas, la noche sosegada, los ríos sonoros, las islas extrañas, los valles nemorosos, la música callada, la soledad sonora y los graciosos levantes de la aurora! Miseria. Más es mi amor, mayor mi embeleso, más grande el fuego que Dios en mi alma encendió; más indecibles mis tormentos porque "muero porque no muero"!

Y todos cuantos vagan  
De tí me van mil gracias refiriendo,  
Y todos más me llegan,  
Y dézame muriendo  
Un no sé que quedan balbuciendo.

Descubre tu presencia,  
Y márame tu vista y hermosura.

Sola el alma poseída de Dios, embarhada por Dios, puede penetrar en esas deliciosas espesuras, y quedarse absorta contemplando la vida en su aspecto más misterioso, más real porque más divino. Algunos modernos psicólogos entre ellos Ribot y unos poetas cursis, han pretendido con sus ojos de topo negar la penetrante vista del Aguila, Ayunos del conocimiento de las cosas del otro mundo completamente ignorantes de los tesoros de Dios y de sus caminos, han encontrado con el pobre catalejo de su ciencia que los místicos forman parte de esos pobres enfermos del espíritu que pueblan la Salpêtrière u otros lugares de tormento que los hombres llaman casas de salud. El extraordinario ingenio de Santa Teresa, sus maravillosos escritos les han proporcionado materia de observación, y con una pobreza repugnante de criterio no comprendiendo nada a esos modos y estados de una alma unida a Dios, la llamaron "Caso patológico". Sería pérdida de tiempo ocuparnos de la literatura de esos indigentes en cosas de mística. Santa Teresa gastó más crítica sobre sus visiones que todos los pontífices de la crítica.

La Coctora de Avila es representativa de la mujer castellana: alegre, viva, de rico fondo sentimental, con no poco ingenio y muy dotada del sentido práctico de la vida. Nadie menos visionario que ella; nadie más apegado a la realidad de la existencia; preferiría una sola obra, la más pequeña, a la mayor visión. Su vida fue activísima y por sus trabajos llevó a cabo una serie de fundaciones de monasterios que hubieran podido



agotar las energías de muchos hombres; y el secreto de su éxito, a pesar de tantos obstáculos, radica, después del ayuda de Dios, en su ignorancia de la teoría y en el sentido de la realidad. Santa Teresa ignora la psicología y la filosofía; su ciencia menos le sirvió que las caravelas a Colón, lo cual no quita que sus descubrimientos sean más maravillosos. Construye el primer monumento literario de sabor realista que desprecia los símbolos, se esfuerza por ver al hombre hasta la esencia y fondo de su ser. Escudriña los estados de alma con una visión tan clara que deja a cien leguas de distancia a los más agudos observadores del espíritu. Y si bien mucho hay en sus obras de fuente puramente divina, lo que ella puso de suyo desafia la crítica de teólogos y filósofos. Nísticos ha habido que se han perdido en esos abismos de enredados laberintos cuales son las vías del Señor para un alma desprendida totalmente de los lazos del mundo; Fenelón desbarró y sin embargo no se le ha juzgado de hereje. Santa Teresa sube más que el autor del Telémaco; ahonda más que él, sin preparación escolástica; y ni se pierde ni confunde, ni interpreta mal sino que anda con seguridad pasmosa porque nunca suelta dos elementos de verdad: la mano de Dios y el sentido común.

Su estilo es tan familiar, sus palabras tan de uso diario que sus altísimas especulaciones revisten un carácter de realidad pasmosa. Habla de cosas inauditas y para darlas a entender se vale de comparaciones tan a mano que bien podemos creer estar la santa en las cumbres de la vida mística y al mismo tiempo posarse con seguridad en nuestro suelo. Véase cómo habla en el Cap. II de la Quinta Morada: "Para darlo mejor a entender, (las operaciones de Dios en el alma) me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin.... Ya habréis oído sus maravillas en como se cría la seda (que sólo Él puede hacer semejante invención) y cómo de una simiente, que es a manera de granos (que yo nunca la he visto, sino oído y así si algo fuera torcido, no es mía la culpa), con el calor en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir, y con hojas de moral se crían, hasta que después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados a donde se encierran; y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mismo capullo una mariposita blanca y muy graciosa.... Tomemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, entonces comienza a vivir y véase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida.... Comienza a edificar la casa. Esta casa querría dar a entender aquí que es Cristo".

El lenguaje de la Santa y sus razones son tan concertadas sus observaciones acerca de la Santa de los desvíos de la razón y de la voluntad puestos en su punto y lugar que ya quisieramos encontrar muchos pensamientos tenidos por grandes.

En la mística se desarrollan fenómenos, hay estados de alma que fatalmente escapan a la ciencia y que únicamente la fe concibe. Mas puede Dios hacer que el hombre comprenda. Pero esos caracteres del amor místico que llamamos extraordinarios, no lo son a modo de milagro, sino por lo raro, por el corto número de almas excepcionales que no rehusando nada al Señor, llegan a gozar de su intimidad. Negar que las haya, o confundirlas con los psicópatas, sería tanto como negar la heroicidad o considerar a los héroes como enfermos mentales. Esto sería muy griego puesto que eran acérrimos partidarios del "justo medio"; pero ¿acaso los griegos llegaron al conocimiento total? ¿es ésta la única falsedad de sus sistemas? Tan dignos de lástima son los que niegan lo sobrenatural o lo extraordinario desde el punto de vista de la fe como de la crítica y del arte.

Desde el punto de vista de la fe porque es necesidad probada el negar

lo que no se alcanza como si el hombre fuera la medida de todo lo posible; desde el punto de vista de la crítica, la cual presupone la preparación, estudia y gusto seguro, y bien se puede afirmar que la mayor parte de aquéllos que sólo han visto en la literatura mística fantasías y exclamaciones de devota, están ayunos de estudio y llenos de presunción; por fin, no ver en la mística una de las más bellas manifestaciones artísticas es carecer de gusto. Dice Marcelino Menéndez y Pelayo: "Poesía misteriosa y solemne, y sin embargo, lozana y pródiga y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y flores, y que, en vez de abismarse en el cenyo del alma, pide imágenes a todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado". Poesía que nos comunica el sentido más arcano y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los miedos veladores de la noche, amable más que la alborada, en el ventalle de cedros y el aire del almendra que orea los cabellos del Esposo.... Hielo de deseos y de fervor en la posesión que siente el alma después que bebió el vino de la bodega del Esposo.

El misticismo español tiene como característica la unión estrecha -- de la acción y de la contemplación (si así puede decirse, porque la contemplación es también acción). Nada tiene de común con las lucubraciones y perezosas consideraciones budistas y bramánistas; nada tampoco de la vaporosa mística alemana de los siglos XVIII y XIX, precursora del racionalismo; ningún parentesco tiene con los alumbrados de todos los siglos. El misticismo español es un portento de manifestación vital, pero de una vida superior, plena en cuanto cabe, de la vida del alma en perfecta posesión de todas sus facultades abismándose en la fuente de vida, en Dios, Acto puro. Nunca ha negado la acción la mística española, por eso nunca ha caído en el vago panteísmo, ni en el perezoso quietismo ni menos en el "pecca fortiter" de los contemplativos protestantes a quienes importaban un ardite las acciones, una vez que el alma es supuesta estar unida estrechamente con Dios. El misticismo es, el español, no enfermizo, ni egoísta, ni olvidadizo sino viril, de recia extraordinaria, aferrado al refrán "obras son amores". La literatura mística es un espejo que refleja fielmente las grandes actividades del alma y del cuerpo; los transportes de la vida sublimada por Dios y de la vida ruin y mezquina que gana el pan con el sudor de la frente; es un trasunto de Cristo que enseña durante el día y se aleja durante la noche para hablar con el Padre que está en los cielos. Por eso la mística española es muy cristiana, muy ortodoxa, muy segura. Por eso Santa Teresa es la "Doctora" aun cuando no frecuento las escuelas. Por eso, en fin, con ser tantos los autores místicos y tantas sus obras, apenas ligeros deslices doctrinales vienen a recordarnos que el hombre es poca cosa cuando pierde el sentido de lo real en lo divino y de lo real de nuestra pequeñez.

o o o

Con no pocos dejos de amargura abandona el lector este grandioso poema del amor místico bellísimos dominios del alma aquellas cimas a las -- llanuras del amor humano y sus actividades, sus altos y bajos, sus ras-- treras sendas y sus pocos enaltecimientos.

El teatro es el campo de batalla del más arraigado y vehemente sentimiento humano: el amor. La historia del teatro y su estudio es por -- cierto muy atractivo desde el punto de vista nacional y estético. El -- teatro como la novela es una imagen de la vida; más real puede ser en la narración y más convencional en la representación; pero en uno y otra lo

que buscamos es el hombre, ya sea que resuelva sus conflictos, ya sea -- víctima de ellos. Y el anhelo por la manifestación de la vida en la esce -- na es de tal modo arraigado en el ser humano que nunca ha podido prescin -- dir de ella. El teatro griego en su doble aspecto: trágico y cómico na -- ció del sentimiento religioso; sentimiento exuberante, lujuriente, des -- bordado y extraviado por desgracia. La tragedia evolucionó hacia la e -- peya y la comedia hacia la crítica. Ambas se desarrollaron conforme a -- las normas del arte clásico, sacrificando lo real a lo ficticio, la ver -- dad del pensar y del vivir a lo raro, llamativo y extraordinario. Este -- teatro transportado a las naciones salidas del cataclismo del imperio Ro -- mano por el Renacimiento, influyeron enellas de muy diverso modo. En -- Francia no hubo teatro nacional en su edad de Oro. Imperó el teatro grie -- go con todo el rigor de sus artificiosas reglas, un tanto desfigurado -- por la intromisión del pensamiento francés a través del genio de Corneille o de Racine. El pueblo que frecuenta el teatro se encuentra frente -- a frente con ciertos aspectos de su vida pero a través de personajes -- griegos o romanos, que lo arrebatan de su campo de acción y lo transportan en medio de otras edades y de otros pueblos con sus propios proble -- mas.

Anora bien, por más universales, es decir, humanos que sean los ca -- racteres el teatro antiguo, bien es cierto también que cada pueblo dis -- pone de distintas fuerzas y energías, tiene conflictos muy suyos, y mo -- dos de resolverlos de conformidad con su ideosincracia, con su estado -- político, económico y religioso. La perfecta proporción de lo general, -- de lo humano con lo propio constituyen una realidad que, en vez de res -- tar méritos al teatro, los añade, como la abierta pupila agrega vida a -- la escultura.

En Italia, oradores, poetas, y escultores martirizaron su imagina -- ción para destronar a todos los dioses del Olimpo. Aquí el formidable -- Zeus con sus hercúleos miembros, su voz de trueno y sus correrías donju -- nescas tan ridículas como bestiales. Allá, la embrutecida cabeza, corona -- da de pámpanos de Baco, mal cliente, tamboléandose en medio de sátiros; -- acullá Apolo que narra en las sucias fraguas de Vulcano las infidelida -- des de su esposa. Todas esas ramplonerías sustituyen la realidad cristia -- na y son ofrecidas, como rico néctar al ardiente deseo de belleza de los -- hombres.

En España, el siglo XVII barrió los pocos remedos clasicistas que -- habían penetrado en el suelo patrio. Cervantes, en la novela y Lope en -- el teatro encerraron bajo siete llaves las reglas clásicas y dieron riend -- a suelta a su genio realista, popular, conforme a la vida manifestada -- por el gusto de las muchedumbres. Velázquez en la pintura completó el -- triunfo del realismo español sobre el clasicismo italiano, de tal manera -- que cuando los artistas cansados de remedar pretendieron emanciparse de -- una tutela tiránica divorciada con su época, a lo español volvieron la -- vista, y la novela moderna, el teatro moderno y la pintura moderna mucho -- deben al arte subjetivo español. Los griegos sólo abrieron los ojos a lo -- objetivo, a la naturaleza, tuvieron miedo de penetrar en las interiorida -- des de su ser; su filosofía fué cosmológica ante todo y su arte se afian -- zó a la forma, a la línea, a los colores y a los sonidos. Los españoles -- abrieron de par en par las puertas del alma, dijeron sus maravillas, ha -- blaron de su destino, enaltecieron su origen y fin y dibujaron con ferro -- che de líneas y formas sus encantadores aspectos. El arte griego fué el -- arte de las ideas, de lo abstracto, de lo estable de ellas, librándose -- por el arte de lo contingente, de las vicisitudes del vivir y por ende -- mermaron la vida, la idealizaron, la redujeron a conceptos; forjaron mun -- dos inexistentes y así el arte se convirtió en privilegio de una aristoc -- racia reducida. Ligando la moral y la estética a la ciencia, desligaron -- al pueblo de la estética y de la moral porque, sujeto a un rudo trabajo

por el vivir, el pueblo carecía de tiempo para cultivar la ciencia. Peor podría decirse del arte renacentista que no fué sino un remedo o una copia del original griego. Esa indigesta imitación trajo naturalmente la afectación, la pobreza del fondo sin sustancia ni meollo malamente compensada por los superpuestos adornos del lenguaje que culminaron en todas las literaturas en un extravagante preciosismo, eufuismo o culturanismo. España, Cóngora fué el dragón rebelde cuya cola arrastró a una parte de las estrellas del cielo de la poesía y las sumió en la sima de la ridiculez.--España dió la nota de sensatez en medio de aquel fárrago de convencionalismo; y no dejó, a veces, de contagiarse del mal gusto pseudo-clasicista; en el fondo permaneció fiel a la tradición castiza y cristiana.

Por lo que al teatro atañe, tras un período de ensayos más o menos apreciables, después de una búsqueda de técnica poco acertada, apareció Lope de Vega, y con él empieza la marcha triunfal de la Dramática. Lope, poeta hasta los tuétanos, español como el que más, comprendió la falacia de un arte postizo, Sacrificó el orden lógico, únicamente lógico, es decir, inhumano, a la representación de la vida con todas sus frondosas ramas. Para él vivir (muchas veces desbarrar) es pensar, muy cierto; pero es sentir y obrar subir y bajar y muchas veces desbarrar. "errare humanus est". La vida comprende penas, gozos, alegrías, tristezas, pesimismo, exaltaciones, heroísmos, bajezas, aciertos, y desconciertos; y Lope de Vega se aferró a la vida; es más, a la vida española, quijotesca o pancista, con sus vicios y virtudes. Su teatro, estupendamente fecundo es un fiel trasunto del siglo XVII. Por la escena de sus obras desfilan, en apiñada procesión, caballeros y escuderos, reyes y mendigos, nobles damas y celestinas, vírgenes y ramerías, soldados y clérigos, nobles y villanos, en abigarrado conjunto, con sus preocupaciones gloriosas y sus necesidades rastreras; sus ansias de honor y de pan; pero todos hablan español, creen en Dios, arrochan su sentimentalismo y poniendo sobre su cabeza los valores del espíritu van diciendo en coro, a voz en cuello, en un prolongado grito que repercute por todos los ámbitos de sus altísimas serranías y dilatadas llanuras; España es una potencia espiritual ante todo.

El teatro de Racine es griego; el de Shakespeare es humano; el de Lope es español, aun en la manera brutal con que renegó de todo lo extranjero:

"Mas ninguno o de todos llamar puedo  
Más bárbaro que yo, contra el arte  
Me atrevo a dar preceptos y me dejo  
Llevar de la vulgar corriente adonde  
Me llaman ignorante Italia y Francia".

Las preocupaciones, aspiraciones, defectos y cualidades de su tiempo aparecen en sus comedias. El honor y sus frágiles leyes; el respeto y amparo a la mujer, la fidelidad al soberano; la religión, el aprecio a la gloria y el desprecio del dinero.

Y si bien todos los grandes dramaturgos del siglo XVII tienen rasgos parecidos dentro de su realismo y nacionalismo, todos sin embargo guardan su personalidad.

Algunos hubo que superaron a Lope ya en caracteres, ya en fuerza -- cómica pero Lope queda con el mérito de haber creado el teatro español, por haber querido desgarrar el arte de la vida, por haber comprendido el genio de su raza, como brevemente vamos a ver.

En la literatura española la mujer y el amor han sido, tal vez más que en otras, temas fecundos. Unas veces la ha ensalzado hasta la --

herejía. Diego de San Pedro en su "Cárcel de Amor" llega a asentar que a las mujeres debemos las virtudes de fe, esperanza y caridad. Lope sin caer en esas incongruencias sólo habla en su teatro de la mujer en términos encomiásticos, siguiendo el sentir caballeresco. Sus damas son apasionadas, vehementes, capaces de heroicos sacrificios, a veces son esquivas pundonorosas, celosas de su honra siempre, y no pocas veces celosas de sus maridos. Repugna a Lope poner en sus personajes femeninos, bajezas ruindades y liviandades como si el corazón de una mujer no pudiera andar sino virtudes.

Ciertamente nuestro autor idealizó a la mujer, la pintaría conforme a sus deseos propios; sin embargo, en lo general, el retrato conserva -- las líneas del original. Todas las cualidades que galantemente atribuye al bello sexo son patrimonio de la mujer española, fiel como ninguna, -- exaltada en sentimientos y guardando un puñal cerca del corazón para vengar los ultrajes que pudiera recibir.

Sus galanes no escatiman ni los cumplidos, ni los requiebros, ni las trazas, ni las estocadas, con un rival igualmente noble. Para esto último, cualquier esotio es a propósito, pero si durante el combate una dama requiere avivía o paso, se suspende la mortal contienda, la sonrisa reemplazó el serio, la cortesía sustituye el coraje y se reanuda la lid en -- tiempo favorable. La más exquisita urbanidad y gentileza nunca abandonan la palabra y el gesto; la cortesía nada quita al valor. La gente menuda: el barbo, el gracioso, los lacayos, las sirvientas o acompañantes son un poco de todo, amigos fieles o infieles, zocarrones, bobos, parlanchines, curiosos, cobardes, deslenguados o discretos. En fin,

Vengan muchos y que vean  
Cuanto por el mundo pasa,  
Muchas fiestas, muchas bodas,  
Toros y juegos de caña:  
Muchos novios las solteras,  
Muchos hijos las casadas,  
Mucha salud, mucha vida,  
Muchas joyas, muchas galas,  
Y lo demás que quisieren,  
Que aquí la comedia acaba.

La Dramática de Tirso de Milinaes muy parecida a la de Lope de Vega; hay en ella, sin embargo, un aspecto que no podemos pasar por alto. El drama teológico del maestro Téllez es tan nuevo y desusado y tan -- mal comprendido por muchos extranjeros que bien merece un momento de atención.

El "Condenado por Desconfianza" es un drama teológico y aparentemente desligado de la realidad de la vida, pero no es así.

Algunos críticos --no españoles-- se han escandalizado por su desenlace: Pablo un ermitaño se condena. Enrico un fascineroso se salva. Otros sólo han visto en la obra de Tirso de Milina un alarde teológico, una desafortunada aplicación de ese tan discutido problema de la gracia y de la perseverancia final.

El argumento de la obra no fué inventado por Molina, viene desde más lejos. Menéndez Pidal, con la minucia y paciencia que tanto le ayudan, ha podido seguir el "Condenado por Desconfiado" a través de las historias de los Padres del yermo, de Arabia, de Judea, de Persia, hasta el Pancha de los Padres del yermo, de Arabia, de Judea, de Persia, hasta el Carnicero". Hechas tantra donde aparece con el nombre de "El Bramán y el Carnicero". Hechas a un lado las modificaciones que el dicho cuento indo ha sufrido en sus grandes peregrinaciones hasta llegar a España, en el fondo la correspondencia entre el cuento indo y el argumento de Molina es muy satisfactoria. Queda en pie la supuesta intención del maestro Téllez, pero sólo en el --

ánimo de los que desconocen las características del pueblo español en el siglo XVII.

Ya hemos notado la orientación espiritual, el aprecio a los valores sobrenaturales de los españoles; es necesario, además, saber que en esa dichosa época de paz y prosperidad su cultura religiosa era muy superior a la de sus vecinos. La predicación desde el púlpito, los numerosos tratados de devoción, ascética y mística, así como las ruidosas discusiones teológicas entre las universidades, habían sido más que suficientes para despertar la curiosidad del pueblo y colocarlo en un alto nivel de instrucción religiosa. Acaso toda la literatura española no está amasada en religión? En qué obras no intervienen las cuestiones religiosas ya como materia de fondo ya como elemento estético? Si a todo lo dicho, agregamos la enorme difusión que tuvieron los decretos, juicios y fallos de la Inquisición, evidente aparece el real interés que podía provocar un drama como el de Tirso, un drama en que se planteaba y resolvía un problema de tanta trascendencia, un drama al alcance de la generalidad del pueblo hambriento de verdad religiosa. Más capacitados eran seguramente los oyentes de Tirso para comprender y saborear el drama que muchísimos críticos modernos para juzgarlo. Muy cierto es que el "Condenado por desconfiado" vino a ser una manifestación más de la dramática religiosa representada por los misterios en la Edad Media y continuada por los Autos sacramentales hasta el siglo XVIII; vino a realzar esa vida en la esfera de lo sobrenatural que debiera ser la esfera natural del alma y que lo era en parte en aquella época en España. Por eso decimos que en la obra de que nos ocupamos, palpita uno de los más ricos aspectos de la vida española; en ella se resuelve uno de tantos problemas de sumo interés, y así es uno de los más recios eslabones de aquella cadena de obras de arte que plantan sus raíces en el corazón de la realidad.

El "García del Castañar" de Rojas Zorilla dibuja con fuertes rasgos otro aspecto del carácter español en el siglo XVII: la lealtad, sumisión y culto al soberano, así como las inflexibles reglas del honor conyugal.

Pocas obras entre las 1500 de Lope, las 300 y pico de Téllez las 120 de Calderón, sin contar otras muchísimas y de rico contenido, pueden ostentar la recidura, la sobriedad y lo eminentemente trágico de esta obra maestra de Rojas Zorilla.

Eugenio Ochoa, en un raptó de entusiasmo, exclamó: "Si por una fatalidad inconcebible, nuestro antiguo teatro estuviese destinado a desaparecer subitamente de la faz de la tierra, y si sólo nos fuese permitido salvar de él una ínfima parte, sea cuatro dramas, resto de nuestra antigua riqueza, no hesitaríamos en designar, para salvarlos de ese espantoso naufragio universal: El Tetrarca, de Calderón; El Desdén con el desdén, de Moreto; La Verdad sospechosa, de Alarcón; y García de Castañar de Rojas.

Si bien éste es un juicio muy personal de Ochoa, sin embargo todos los críticos están unánimes en conceder a la obra de Rojas un lugar muy distinguido en el teatro del siglo de Oro.

Gil y Zárate confiesa que "es una de las antiguas comedias que ocupan la escena con el mayor agrado del público".

Mesonero Romanos dice: "García del Castañar es una creación sin par, un drama incomparable, famoso, el más sólido fundamento de la gloria de su autor;... se le puede considerar como el más popular el más simpático del teatro español, es el cuadro más completo, y mejor acabado por su carácter noble y poético".

Por qué ha provocado "García del Castañar" ese concierto de alabanzas? Por la sencilla razón de encarnar algunos de los esenciales visos del carácter español; que ya señalamos antes;

Un breve análisis de la obra los indicará mejor. Alfonso XI a punto

de emprender una expedición contra los moros de Algeciras, solicita la ayuda pecuniaria de sus ricos súbditos. García ofrece todos sus recursos; el rey extrañado, le quiere conocer y acompañado de Don Mendo, noble cortesano que por haber recibido la Orden de la Banda aquel mismo día, la ostenta sobre su pecho se dirige de incógnito hacia el Castañar. La acogida es cordial de parte de García y de su muy noble esposa doña Blanca.

Don Mendo queda prendado de la hermosura de la dama y resuelve volver de noche y solo a la casa solariega de don García. Realiza su intento con tan mala fortuna, que cae en manos de don García, quien engañado por la famosa banda, no sólo no lo mata, sino que creyendo ser el rey en persona, le da los medios para regresar a la corte. Pero el honor ultrajado por solo este intento pide reparación. García se propone matar a doña Blanca aunque sepa su completa inocencia. Su proyecto no puede realizarse y los acontecimientos le llevan a la Corte donde es recibido por el rey y don Mendo. García dobla la rodilla ante don Mendo creyendo como siempre que es el soberano. Mendo tiene que desengañarle y le señala la persona del rey. Conoce entonces don García que su ofensor no es el soberano sino sólo cortesano y sin más esperar dice a don Mendo:

Aquí fuera hablaros quiero  
Para un negocio importante  
Que el rey no ha de estar delante.

Perplejo, el rey sigue a los dos caballeros y llega en los precisos momentos en que el del Castañar, sin aspavientos ni amenazas, hunde su daga en el pecho de quien intentó contra su honra, diciéndo:

Este es honor, caballero.

Volviéndose luego hacia el rey que le llama villano, le contesta en vainando la daga ensangrentada:

No soy quien piensas, Alfonso;  
No soy villano ni injurio  
Sin razón la inmunidad  
De tus palacios augustos.  
Debajo de aqueste traje  
Generosa sangre encubro.

-----  
Mírale muerto, que juzgo  
Me tuvieras por infame  
Si a quien de este agravio acuso  
Le señalara a tus ojos  
Menos, señor que difunto.....  
Porque en tanto que mi cuello  
Esté en mis hombros robusto,  
No he de permitir me agravie  
del rey abajo ninguno.

Mencionadas ya las preocupaciones, en lo tocante al honor y a la obediencia al rey, en los nobles pechos castellanos, es fácil imaginar que agrado, con qué entusiasmo y delirio, escucharían los contemporáneos de Rojas Zorrilla las recias palabras de su héroe, después de haber asistido a la formidable lucha, que en su alma se libró entre el deseo de venganza y el respeto debido a la persona real. "Este es honor", caballeros -- irían repitiendo al salir de la representación; esta es nuestra vida, -- así entendemos los casos y las cosas sí, "Del rey abajo ninguno", y las páginas de la historia de España tienen estampadas en ellas todas estas nobles palabras.

El gran Calderón de la Barca, en una de sus mejores obras: "El Alcal

de de Zalamea", se ocupa del mismo tema, pero tal cual lo sentía y --- apreciaba el pueblo.

Pedro Crespo ultrajado en la persona de su hija por un noble capitán, y disponiendo de la primera autoridad en su aldea, puesto que es - alcalde, entabla un juicio, da la sentencia y la ejecuta dando garrote al culpable, en una silla. El rey le alaba su entereza, su ecuanimidad y confiesa que le asiste la razón en vengar su honor robado..... y le - nombra alcalde perpetuo de Zalamea...

El interés culmina en emoción leyendo las nobles palabras de unos - villanos contestando a las altaneras razones y sinrazones de unos nobles; y como la justicia sale con sus fueros, el sentimiento popular no debía conocer límites en la representación del "Alcalde de Zalamea".

Tenemos por muy seguro que el teatro español del siglo XVII es una - pintura riquísima, un poco exagerada, pero fiel trasunto de las costum-- bres, del pensar y del vivir de aquel pueblo. Por eso, la popularidad de los grandes dramaturgos fué enorme, su memoria fresca aun en todas las - mentes y sus nobles acentos no pocas veces repetidos por los hijos, nietos y biznietos de hidalgos, escuderos, villanos, cortesanos, damas y -- aldeanas que pasearon la bandera española, nimbada de gloria, por ambos mundos.

o o o

La poesía lírica española canta al compás del sentimentalismo de la raza. No un sentimiento mismo vago, indeciso, vaporoso, triste, empañado; pero recio, franco, claro, muy entonado voluble; que llora a gritos, canta a voz en cuello, ríe a carcajadas y pasa rápidamente de uno a otro -- tono con decisión. Reviste además, la lírica española otra particulari-- dad: es muy religiosa. En esto va de acuerdo con los demás géneros poéti-- cos. Y por fin, posee en alto grado la cualidad fundamental de la poesía subjetiva: la sinceridad. Bien es cierto también que la lírica más que en ningún otro género literario ha pagado parias a la moda y a la tenden-- cia. Si bien, tal vez, no tanto en el fondo como en la forma; porque --- aun en las composiciones más clásicas, más hinchadas, más afectadas, en medio de tonos huecos y extraños se oye cantar el alma de la raza, pro-- duciendo esa disparidad una insoportable cacofonía.

Puramente españoles fueron los juglares; más tarde los tradicionalis-- tas, arrollados un momento por los toscanistas, siguieron informando el arte lírico que llegó a su cumbre, como todos los demás, en el siglo de Oro. La crítica ha hecho unos ensayos de división en escuelas los incon-- tables poetas de la época aurea: se menciona a la escuela sevillana, sa-- lamantina, valenciana, aragonesa y madrileña. Tal denominación, que pre-- supone una doctrina, no corresponde con la verdad. Grupos hubo de poe-- tas un poco distantes en la técnica; es todo. La escuela sevillana -- con su patriarca Fernando de Herrera fué ampulosa, verbosa, rimbombante; cuidó más de la forma que del fondo; pero conservó el tono español y -- las ligas con lo real. La llamada escuela salamantina que reconoce a -- Fray Luis de León como jefe, veló por la sencillez, la nitidez en la -- forma, por demás elegante y bella que pernite en su diafanidad la vista de un fondo riquísimo de legítima vena. La imitación italiana primero, y directamente clásica después, no llegaron a una modificación completa de la tendencia nacional. A no haber sido por Góngora, la lírica hubiera -- conservado todos sus fueros y sus legítimos derechos de andar al uniso-- no con la mística y con la novela y con el teatro en la manifestación -



de los valores privativos de la raza.

Pero Góngora fué un genio extraviado. Imposibilitado para abrirse -- camino hacia la gloria, en medio de numerosos émulos tan poetas como él, que había hecho resonar todas las fibras del alma, quiso tratar de conseguir por la factura rara lo que no podía lograr por el valor intrínseco. Los yerros de los genios son geniales; Góngora cayó desde muy alto y se hundió profundamente en la ridiculez. Si únicamente hubiera pulsado la lira popular, hoy día ocuparía un lugar preferente en el templo de la fama; desgraciadamente su ambición le condenó a ser el padre de una numerosa familia de poetastros que copiaron sus defectos y no tuvieron sus cualidades. Resultado, una hinchazón increíble, una obscuridad completa que pasaron a casi todos los artistas o que así se creían y que culminaron en la desoladora esterilidad del siglo XVIII.

El buen sentido popular, que nunca había admitido esos desatipos, -- reaccionó; se apropió lo suyo, y desechó lo demás como mala hierba, como broza inútil en el campo férax de las letras hispanas.

Poetas son del terruño: Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Ma-- cías, Rioja, Lope de Vega, Góngora en su primer modo, especialmente en sus romances y letrillas, Quevedo, cuando no es conceptista, y muchos más.

Fray Luis de León -autor místico- escribió poesías por solaz. Probablemente las hubiera dado todas por uno solo de sus graves escritos en prosa; la posteridad, en cambio, sin menospreciar en lo más mínimo sus rotundos períodos en prosa, nunca haría tal canje. La lírica perdería algunas de sus composiciones más valiosas. Los amantes debien decir, de la sencillez de la melodía y sobre todo de la verdadera inspiración, que darían desconsolados. Quién volvería a encontrar estrofas como éstas?:

Del monte en la ladera  
Por mi mano plantado tengo un huerto  
Que con la primavera  
De bella flor cubierto  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
De ver y acrecentar su hermosura  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo de pasada  
De verdura vistiendo  
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil colores al sentido,  
Los árboles menea  
Con un manso ruido  
Que del oro y del cetro pone olvido.

Se puede decir mucho más acerca del frescor, de la lozanía, del encanto de la paz, de la fragancia de la naturaleza, pero decir mejor que Fray Luis, es difícil, tal vez muy difícil.  
Cantores de la naturaleza ha tenido España, y de primera; pero no es su especialidad.

Hay soles que les agrada más que el sol, fuentes, ríos y mares que -  
apagan mejor su sed, caprichosos riachuelos que ríen con voz más crista-  
lina; montes más excelso, llanuras más feraces y dilatadas, selvas más  
umbrosas y profundas, primavera más estables, auroras más risueñas y --  
perfumadas. En estos mundos encantados, de música y brisas y embelezos -  
que prefiere,

Allí la alma navega  
Por un mar de dulzura y finalmente  
En él así se anega,  
Que ningún accidente  
Extraño o peregrino oye o siente.

Este mundo es el alma, deliciosa morada y un ivero hermoso que en--  
cierra todo, bien porque todo está en todo. Cantora de esta infinita rea-  
lidad, la lírica española tiene tonos y notas de sin par dulzura, tenues,  
frágiles, como un tímido suspiro. Tiene acentos graves, profundos, dila-  
tados, llenos de misterio y preñados de arcanos. Tiene voces vibrantes,  
enérgicas, sonoras, ruidosas, palpitantes de temor, o tiernas, arrullado  
ras, amorosas, íntimas como el susurro de las hojas y las notas de leja-  
na melodía.

Oh campos verdaderos!  
Oh prados con verdad frescos y amenos!  
Riquísimos mineros!  
Oh deleitosos senos!  
Repuestos valles de mil bienes llenos!

Pero en el alma humana, además de anhelos celestiales, de aspiracio-  
nes hacia las realidades del otro mundo, hay sentimientos y afectos de -  
orden menos sublime. Sintetizados en tres clases, éstos sentimientos se  
exteriorizan en la elegía, la oda y la sátira. Riquísima es la lírica --  
del siglo de Oro en bellas composiciones pertenecientes a esos tres sen-  
timientos. El amor, la alegría, el entusiasmo han encontrado acentos de-  
lidadísimos en todos los líricos. Se ha cantado el amor con mil dulzuras  
y ternezas. La tristeza se ha exhalado en quejidos inenarrable; y las --  
flaquezas humanas han sido lindamente vapuleadas.

Pero lo que sí se encuentra en casi todos los poetas líricos es una  
añoranza por algo que no da el amor terrestre. El "Vanidad de vanidades"  
de Salomón está entre renglones por doquiera, porque lo pagano, la menti-  
ra de una plenitud no experimentada no puede tener cabida en el concepto  
de la vida conforme al genio español. Por eso, existe un cierto no sé --  
qué de carencia, de desilusión aun en las más apasionadas canciones.

Pero si la lírica que podríamos llamar académica, sabia, tiene ras--  
gos bien precisos, qué será de la lírica popular? En los países del sol  
y del vino los poetas se encuentran a granel; unos guían el arado, otros  
cuidan el ganado; otros son segadores, leñadores; en fin aun el ejerci-  
cio de las faenas más rústicas no está divorciado con la poesía. Convan-  
cio de las faenas más rústicas no está divorciado con la poesía. Convan-  
tes dijo que la pluma no embota la espada, ni la espada la pluma. Se pue-  
de decir con igual verdad que si el palacio abriga poetas, la choza no --  
los aleja. Díganlo si no tantos villanos con sus letrillas, decires, cancio-  
nes, epigramas que andan por allí en las memorias muy anónimas por  
cierto, y que sólo podrían llevar la firma del pueblo.

Ese lirismo sabrosísimo de forma tan bien cortada, tan sobria tan --  
elegante, contiene un fondo muy rico, preciso, intencionado; que se -  
anda por las nubes ni se arrastra por los lodos, pero que pinta el alma  
aun en sus más sutiles matices y contornos más esfumados. El pueblo no -

sabe de subjetivismos ni de objetivismos, ni amaneramientos, ni técnicas. Cuando el cielo clemente ha llenado de pan su arca, canta la bondad de Dios, sin teologías pero con mucha teología, es decir con acentos filiales, sinceros y candorosos. Cuando la mano del mismo Dios le toma un ser querido, gime su desconsuelo con todas las fibras del corazón, sin desesperaciones, porque tiene fe. El pueblo, en una palabra, canta el vivir, el morir y el más allá de la muerte, sin amarguras ni suavidades; su voz se une a la gran sinfonía de la creación en íntimo concierto.

De ahí, el que quiera experimentar el realismo cristiano de la lírica popular, que oiga la tonadilla del gañan en la arada, concertada con la de la alondra; que escuche la voz del marino modo piensa en su pueblo y en su hogar.

o o o

Un hecho tal vez único en la historia de las naciones ocurre en España a principios del siglo XVIII; con una transición brusca, el importante movimiento formado por las generaciones pasadas desaparece de la vista envuelto en negra nube. -- la miseria reina donde antes sobraba la riqueza

Menéndez y Pelayo lo explica en una frase escultural: "Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil".

Con el siglo XVIII comienza la dinastía borbónica a reinar en España y con ella entran también los gustos y las modas francesas. A principios del reinado de Felipe V, las letras siguen todavía el sesgo decadente de la centuria anterior; el gongorismo y el conceptismo acaban de malear todas las partes sanas y conducen la literatura española al sepulcro.

La corte del Rey Sol había sido la primera del mundo y la influencia francesa se dejó sentir más o menos en las demás naciones conforme a su poder de reacción. España malamente gobernada por los sucesores de Felipe II había olvidado sus antiguas glorias y dormía profundamente -- son sospechar a lo que se exponía; Deslumbrados, pues, los partidarios del rey Felipe V por todo lo que había hecho resplandecer la corte de Versalles, juzgaron que todo lo francés era excelente y por el contrario que lo tradicional español no valía un comino. Deteniéndose solamente en las apariencias y juzgando por el estado político y económico de España parecían tener razón. De ahí su entusiasmo por convertir en España todo lo francés: academias, modas literarias, instituciones de todo género, a tal grado que Quintana pudo decir: "Comíamos, bebíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa".

En literatura sólo tuvo valor lo pseudo-clásico, es decir, la imitación del clasicismo francés, imitación a su vez, del italiano que lo fue del arte legítimo griego. Esta nueva tendencia fue todavía más muerta que la afectación culterana, y muchos españoles tuvieron bastante discernimiento para no tomar con gran calor aquella novedad literaria. Los escritores se dividieron en dos bandos: los nacionalistas y los francesados, dominando éstos por momentos, cultivando aquéllos la ciencia, puesto que en el terreno del arte se veían postergados.

Surgen entonces obras nuevas cocinadas según las recetas de Boileau y de la Enciclopedia. El teatro es el campo de lucha más encarnizado; -- nacionalistas y clasicistas pugnan por señorearse de la escena; ésta, -- después de haber visto representadas tragedias al gusto francés, vuelve a ser española con don Ramón de la Cruz y más tarde los románticos.

La lírica, en cambio, es completamente francesa, y parece transplantada al suelo español desde los jardines de Versailles. Otro tanto puede decirse de la didáctica y del frío humanismo.

La lengua literaria sufre en el siglo XVIII la más honda perturbación. Divorcióse del habla popular; la lectura de obras francesas hizo que los escritores atiborrasen el idioma patrio de voces y construcciones francesas; los autores nacionalistas se contagiaron también de la -- lengua de Cervantes guardó unas pocas raíces solamente que chuparon escasos jugos populares. "La mitad de la lengua castellana, dijo Capmany, está enterrada, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces, hace -- medio siglo que ya no salen a luz pública".

Esta contaminación no obró por desgracia tan sólo en el terreno del arte y de la lengua, obró también en las ideas. Los afrancesados procuraron atiborrarse de las doctrinas de Voltaire y de la Enciclopedia; y tuvimos volterrianos tan superficiales, como el "Patriarca"; tipos de escépticos que abordaron los más profundos y sacrosantos problemas de la vida y de la muerte con la sonrisa sardónica de la estulticia; cuyas obras son prodigios de simpleza. El siglo XVIII persuadió a los hombres no razonando sino asociando ideas muy malamente; ideas de este jaez: la ciencia y la religión son contradictorias, para conservar la fe es necesaria la ignorancia. Decir que el siglo XVIII asoció mal las ideas, creo en -- honrarlo demasiado. La verdad es que no asoció nada y que ni siquiera -- tuvo ideas, pues hasta la noción de unidad había perdido. El siglo XVIII tuvo estupendas locuras que aparecieron en toda su fealdad a la luz de -- las antorchas del 89.

Pues bien, los hijos de San Fernando, los sucesores de Pelayo los -- descendientes de los de Lepanto, se posternaron ante la simiesca figura de Voltaire y le pidieron que limpiara de la capa de cristianismo que -- traín de abolengo.

Dónde están, pues, ahora, los distintivos y los fueros de la raza? -- Dónde su poder espiritual? Dónde ese realismo fecundo, integral que -- formó a las generaciones pasadas?

Precisamente en esto consiste la contrapartida de nuestra tesis. Qué quedó de tantas actividades en arte y en letras de los pseudoclasicistas? Nada. Los primeros son los de romanticismo barrieron toda esa hojarasca de las llanuras de Castilla. El pueblo quedó completamente ajeno a sus -- obras. Las representaciones de tragedias se efectuaban sin público y la indecisa poesía pastoril no salió de los conventículos de los sucesores de Esteban Villegas. A pesar del predominio de lo francés, lo nacional -- vive Cervantes, Lope, los místicos siguen siendo poetas y españoles para el vulgo que en este caso fué lo más sano; y a pesar de las groserías -- plebeyas de los copleros y sainetistas, su arte salió triunfante, ayudado por la guerra de Independencia, avivado por las ideas de libertad y -- por la aparición del romanticismo que fué otra revolución pero contra el calicismo.

Esa larga pesadilla de una contienda enconada entre nacionalista y -- pseudoclasicista fué disipándose poco a poco es cierto, porque la naturaleza no obra por saltos; pero hacia 1830; el cielo estuvo más que medianamente despejado y la hilación entre lo antiguo y lo nuevo se iba acrecentando, merced a varias circunstancias que sería prolijo estudiar. Qué significado tiene el romanticismo para la literatura española? Si fué una

revolución contra el arte griego, nada o poco tiene que ver con el arte español muy superficialmente transformado por el Renacimiento. Si se --- trata del abandono de la mitología y el culto de lo cristiano, cristiano había sido el arte español que nunca pudo tragar el antropomorfismo y antropopatismo de los llamados dioses de Homero. Los románticos resucitaron lo antiguo nacional, las leyendas populares, los cantares de gesta, los cuentos azules de los antepasados; pero en España, estas encantadoras y sencillas narraciones no pudieron resucitar porque no habían muerto. Estaban en el romancero, pasaron al teatro y solamente quedaron en la penumbra durante un siglo de delirio. Qué más será el romanticismo? --- la poesía subjetiva? el escudriño de los dominios del alma? la libertad para cantar, reír llorar? Pues muy español y de casa es todo eso; grandes cantidades de todo ello se hubiera podido exportar porque en España ninguna pragmática había prohibido la risa, el canto, la alegría, el anhelo. Los españoles ríen mucho, y muchas veces ríen porque tienen ganas de llorar. Que el romanticismo fué melancólico en exceso, triste sin penas y hasta llorón a secas? Difícil sería, a nuestro modo de ver, encontrar todos esos llantos en la literatura romántica española. Salvo raras excepciones de un convencionalismo pueril, el arte no se salió de quicio. La fobia exterior de melenas y levitas estuvo un tanto en voga en el café del Príncipe, donde se hablaba de amor, de arte, de toros; pero sin ningún peligro para los demás madrileños y menos aun para la generalidad de los peninsulares. Becker cantó en "menor" pero es que así fué su vida, así su pobrecita alma, tierna como la de un niño, tímida, púdica, asustadiza y muchas veces atormentada por una especie de matamoros que la mala suerte le deparó por esposa. Pero va un abismo entre las deprecaciones apocalípticas de Leopardi y las melancólicas, o más bien, sentimentales canciones del poeta sevillano.

El verdadero significado romántico en la península fué un volver los ojos a todo lo netamente español de épocas pasadas: a Cervantes, a Calderón, a Fray Luis de León, a los místicos, al romancero, a la épica primitiva. Por eso la primera obra netamente romántica es "El Moro Expósito" del Duque de Rivas desentrañada leyenda de la muy castellana "Gesta de los Infantes de Lara". Y si se nos preguntase cuáles son los poetas románticos en España, no habría ninguna razón para negar el calificativo a casi ninguno de los escritores del siglo de Oro, y de antes también. Como se ve, lo nacional, lo español, lo vivido, lo real, van de punta en punta de la historia literaria a pesar de influencias, modas y tendencias que aparecieron como grupos de peregrinos por el suelo patrio.

Desde el romanticismo, sin embargo, ya sea por la mezcla de las civilizaciones o por otra causa, el tinte byroniano aparece en la literatura española. Espronceda encarna el hastío de la vida, la duda, la desesperación. "Esta nota, dice Cejador, mancillará nuestra literatura desde el romanticismo acá; pero no la empapará toda ella como en otras partes". Una de las más benéficas consecuencias del romanticismo español, fué que el erudito y lo popular se abrazaron de nuevo y la conmoción estética fué verdaderamente nacional. El poeta representativo de esa época fué Zorrilla, tipo de español, como nadie. Zorrilla es un bohemio, un hidalgo, un cristiano, en fin en su persona y en sobra encarna los vicios y virtudes de su raza. Su musa fecundísima, hizo de él un arpa ecólica. Con desprecupación rayana en desaliño canta el cielo y la tierra; las glorias de Dios, la bondad de la Virgen, de los Santos, los enajenamientos del amor, el recuerdo de la pasado y las esperanzas del porvenir; lo nuevo y lo viejo. Parece que su intento es hacer presente, en sus versos, toda la vida de España. Las torres de los templos, la voz de las campanas, el monasterio en el yelmo, el castillo en la peña; el lino en la copa, las ruinas por el tiempo acumuladas, las férreas puertas de las mazmo---

rras, todo, en una palabra, agita su alma, aviva su imaginación, conmueve las fibras de su corazón y en una variedad inaudita de metros y ritmos canta sin descanso como las cigarras en verano en las secas llanuras de Aragón. Zorrilla vive con los juglares, con los pícaros, con los conquistadores, con los clérigos y con los caballeros. Ninguna puerta se le cierra, ningún secreto se le esconde; es el vate universal en que la nación se mira, lee su historia y contempla su cara, conoce sus preocupaciones, llora sus desdichas y canta sus triunfos. Zorrilla sorprendió, inclinado sobre el seno de la Patria, todos sus latidos. Dedúzcase de lo dicho el verdadero sentido de la poesía romántica española, su profunda verdad y su realismo sano, su expresión vital y su rico contenido; y si vale el testimonio de los mismos románticos, allá va el de los jóvenes redactores del "No me olvides", revista romántica. "Nosotros, no aspiramos a más gloria que a la de establecer los sanos principios de la verdadera literatura, de la poesía del corazón, y vengar a la escuela romántica de la calumnia que se ha alzado sobre su frente y que hace interpretar tan mal el fin a que tiende y los medios de que se vale para conseguirlo." Si entendiésemos nosotros por romanticismo esa ridícula fantasmagoría de espectros y cadalsos, esa violenta exaltación de todos los sentimientos, esa inhumana parodia del crimen y la iniquidad, esa apología de los vicios, fuéramos ciertamente nosotros los primeros en alzar nuestra débil voz contra tamaños abusos, contra tan manifiesto escarnio de la literatura. Pero si en nuestra creencia es el romanticismo un manantial de consuelo y pureza, el germen de las virtudes sociales, el paño de lágrimas que vierte el inocente, el perdón de las culpas, el lazo que debe unir a todos los seres, cómo resistir a ser los predicadores de tan santa doctrina?"

Véase este modo de interpretar el romanticismo y nótese las severas expresiones con que son fustigadas las fantasmagorías, la exaltación, y conclúyese que el genio español es positivamente alejado de todo exceso, de todo lo puramente imaginario y aferrado a lo real, con todas las fuerzas de todas sus generaciones.

o o o

En Francia, el romanticismo sembró muchas malas yerbas.

De él nacieron el naturalismo, el simbolismo y como reacción, el parnasismo. La novela naturalista de Aola todavía no pasa a la historia; se ha escrito con lodo y ha hecho correr ríos de corrupción. En España, al romanticismo siguió el realismo, contemporáneo del naturalismo francés. Ese realismo salió del romanticismo despojado de sus atributos septentrionales y sobre todo alemanes. El realismo no es pues una oposición al romanticismo, sino su evolución natural.

Pero aquí cabe deslindar campos para que no sea confundido el regionalismo español y el naturalismo zolesco. El hombre fué para Zola la bestia humana; se apagó pues la ya inútil luz de la fe, se borró del cielo todas las esperanzas y todos los temores; se renunció a la libertad y el ser humano se encontró en el mundo como la hoja en la selva, como una res del rebaño. Feliz o desgraciado, todo era irreparable porque el hombre dependía de la naturaleza como la rama del tronco. Sus lágrimas o sus cualidades, día de la naturaleza como la rama del tronco. Sus lágrimas o sus cualidades, sus vicios y virtudes no consistían ni mérito ni demérito. Todo es uno y lo mismo.

Sin Dios, sin conciencia, el hombre apareció lanzado por la mano del destino sobre la haz de la tierra para que se despabilara y sacara; de ella todo el jugo posible. Los instintos fueron glorificados, las pasio-

- 16 -

nes malas exaltadas, el genio del mal divinizado y sus víctimas, cubiertas con el manto del atavismo, aparecen a través de las páginas naturalistas, como casos curiosos de patología.

Como se ve, esta tendencia irracional entrañaba una verdadera subversión de los valores humanos; se trataba de adornar lo aborrecible y de renegar de lo divino. Como hubiera podido verificarse este cambio radical en la conservadora España, primera potencia espiritual del mundo? Una mujer, dicen que ambiciosa, trató, es verdad, de introducir la moda zulesca aqueñde los Pirineos, pero le faltaron fuerzas y le sobraron pudores para cumplir sus deseos. La Pardo Bazán quedó nadando entre dos aguas y lo único que consiguió fue provocar la risa medio apagada por la galantería. Trigos desechó todo escrupulo y arremetió con el naturalismo en busca de las puertas del templo de la fama. Las puertas no se abrieron y sus humos desaparecieron con los de la pólvora que destapó sus sesos. Otros autores han intentado caminar por iguales sendas, pero éstas sólo los han conducido a tierras extranjeras, es decir, a ser rechazados del seno de España.

El realismo fué un arte tradicionalista más o menos moralizador, docente y disciplinado pero antagonista a lo rebelde de la época romántica. No se opone a cierta realización artística; no es la fotografía brutalmente real, es el retrato, más real ciertamente que hace el autor. La idealización imprime a las cosas un sello de otra realidad, alta, de otra verdad más profunda; éste es el realismo español y no otro. Merced a esta verdad, todos los elementos de la realidad se transforman como tocados por una vara mágica, en elementos del arte, y esta vara mágica es la imaginación creadora del artista.

Esos escritores que se llamaron naturalistas porque intentaron copiar la naturaleza, son los menos realistas de todos; lo que consiguieron fue estropear, truncar, decapitar la naturaleza; dar de ella no la idea toda que encierra, no su imagen bellísima -Dios hizo la naturaleza- sino una grosera caricatura, una monstruosidad; la imagen, dieron de su temperamento corrompido y animalizado. Alábase de real, enhorabuena el arte que se propone dar toda la imagen bella de la creación divina; el mundo visible y los invisibles, el hombre con su cuerpo y su alma, el alma con sus flaquezas y sobre todo con sus grandes facultades y su capacidad de imitar a Dios. Lo contrario es el colmo de la falsedad y del antinaturalismo.

El período realista en España fué sumamente rico en toda clase de reproducciones: en el teatro, las obras son de los géneros o siguen tendencias: la lata comedia un poco positiva con Ayala y un mucho religiosa con Tamayo. Este autor más que ninguno de la época que nos ocupa, fué conservador y español. Todos los valores asociados en España concurren a la estética de su teatro. Tras él viene el masón Echegaray de tendencia doctrinaria, de espíritu parcial y que se preocupó más de enseñar el gran valor de un hombre desligado de toda superstición que de buscar el arte íntegro. Echegaray es un representante de un arte esclavo de la utilidad. Lo que él llama superstición es la tendencia espiritual y cristiana del alma española. En la novela, Galdós tuvo idénticas miras, Reata lista a medias, Galdós no vió en la religión más que un medio de estancia, cuando no de atraso. Su espíritu tendencioso le hizo ver a través de un positivismo miope, que de los curas, las beatas -como él llama a las almas religiosas- son oscurantistas y retrógrados; en cambio, los personajes simpáticos de sus novelas, suelen ser jóvenes ingenieros o políticos iluminados que quisieran cambiar la tabla de valores nacionales. En general, cuando Pérez Galdós no mira allende las fronteras, pinta bastante bien los usos, costumbres y preocupaciones nacionales, y así

permanece fiel a su raza. Esto ocurre especialmente en sus "Episodios - nacionales".

En la lírica, es igualmente desentonado Núñez de Arce, el cantor de la duda; sin embargo, el que tuviera suficiente dosis de paciencia para sacar de sus obras las confesiones sinceras de autor, encontraría al -- español sin mucho raspar la capa de extranjerismo que lo cubre.

El realismo culminó, en España, en el regionalismo inspirador de -- toda una literatura fuerte, rica y arraigada al propio terruño; vienen en pos Galicia y Valencia.

Pereda, es, en la novela, el representante de la tradición en una -- época de mezclas; de búsquedas de nuevos horizontes y de incertidumbres estéticas.

Gabriel y Galán, el poeta de la gleba cantó la comarca salamantina -- y Curros Enríquez la gallega. Ricardo León, el gran prosista moderno, -- representa la tradición nacional. Su lengua, su alma y su inspiración -- derivan de Cervantes.

Por lo demás, ocurre en España actualmente lo que en todas partes: una gran desorientación artística. La civilización actual y los medios -- de comunicación espiritual y material han barajado de tal modo las ideas que es difícil desentrañar lo nacional de cada pueblo, de lo internacional. Es cierto que en medio de esa general cacofonía modernista se pueden percibir notas claras de puro tradicionalismo. Pero a medida que -- los pueblos van perdiendo sus propios valores en la preocupación de mezclar e imitarse van disminuyendo también los rasgos nacionales en su arte. Por eso, en nuestros días, es arduo asignar un designio al arte -- español; carece de una ruta fija, de valores propios y la mayoría de -- sus autores son socialistas. Nietzscheanos, intuitivistas, pragmatistas, etc. antes de ser españoles. Sin embargo, no es tanto el desconcierto -- que un estudio detenido de nuestra época no permitiera palpar las preocupaciones privativas de España.

En resumen, el español vive con los pies en la tierra, la cabeza en el cielo y el corazón en ambos. Tienen sed de inmortalidad. Sed de ver a Dios como decía Santa Teresa, hambre de lo divino como dice Unamuno. -- La misma tierra de Castilla con sus dilatadas llanuras poco fecundas, -- su rudo clima y ásperos trabajos parecen empujar al hombre hacia el cielo, dice Ricardo León: Castilla es un paisaje semi material y semi espiritual. Las pisadas en la Mancha tienen alma, escribe Rusiñol, y los -- campos de Soria, cantados por Machado, son tan pobres, son tan tristes -- que tienen alma. Oscuros pensamientos de eternidad brotan del paisaje -- de Yuste, exclama Unamuno. España vive pues sobre la tierra en función del cielo; morir es vivir en verdad, en la verdad. Los españoles viven con su alma medioeval; por fuerza atravesó el Renacimiento, la Reforma, las Revoluciones todas, pero conservó la herencia espiritual de aquellos -- tiempos llamados brumados porque así nos parecen, y así nos parecen porque nosotros vivimos en las brumas.

Virar en su plenitud, exaltar la vida, dar más vida a la vida, tal ha sido la constante solicitud de España. No la vida mecánica y reducida, sino la vida como Dios la hizo; y precisamente en esta actitud condensa, si no andamos ilusos, el realismo bueno, integral, dignificante, por el cual el hombre se está en el suelo con la mirada puesta en Dios.



## B I B L I O G R A F I A

ALEMAN MATEO

ANONIMO  
ANONIMO  
AGEOT R.  
AGUSTI V.  
AZORIN  
BLANCO GARCIA F.  
BIRET  
CASO A.  
CEJADOR J.  
CERVANTES SAAVEDRA M.  
CROCE G.  
CLASICOS CASTELLANOS  
CLEMENCIN D.

DIETZ  
DON JUAN MANUEL  
EGUIA RUIZ  
FITZMAURICE KELLY  
GINER DE LOS RIOS  
GONBLANC ED.  
GIL DE ZARATE  
HERNANDO DEL PULGAR  
HURTADO Y DE LA SERNA  
HURTADO J.  
KANT  
LOPEZ DE AYALA  
MERIME P.  
MENEZDEZ Y PELAYO  
NERVO AMADO  
OCHOA EUGENIO DE  
OCHOA EUGENIO DE  
OCHOA EUGENIO DE  
PFANDL LUDWIG  
REVILLA MANUEL DE LA

REVISTA DE OCCIDENTE

ROJAS FERNANDO  
RUIZ JUAN, Arcipreste  
SANTILLANA (Don Inigo  
SALCEDO RUIZ ANGEL  
SERTILLANGES  
TATNE H.  
THOMAS  
TIECKNOR  
TERESA DE JESUS, SANTA  
VALVIRENO  
VALERA JUAN  
VALBUENA (Miguel de Escalanda).  
VAZQUEZ VALERA

Guzmán de Alfarache.- Biblioteca Renacimiento.  
El Romancero Español.  
El Mío Cid. Ed. de Menéndez Pidal (Clásicos Castellanos).  
El Lazarillo de Tormes.  
La Beauté.  
Modelos de la Literatura Castellana.- Barcelona 1912.  
Obras Completas.- Madrid, 1921.  
Literatura Española.- Madrid, 1894.  
Romans et Romanciers.  
Principios de Estética.  
Historia de la Literatura Castellana.- Madrid 1915.  
Novelas Ejemplares.- Madrid 1915. El Quijote.- París.  
Breviario de Estética.  
Madrid Ed. de "La Lectura".  
El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, comentado -  
por Clemencin D. -Madrid 1894.  
Italie et Espagne.  
El Conde Lucanor, - Madrid Ed. "La Lectura".  
Literatura y Literatos.  
Historia de la Literatura Española.  
Historia de las Literaturas.  
Historia General de la Literatura.- Madrid.  
Manual de Literatura.  
Claros Varones de Castilla.  
Historia de la Literatura Española.- Madrid, 1925.  
Romances Viejos Castellanos.  
Lo Bello y lo Sublime.  
El Rimado de Palacio.  
Frécis de Litterature Espagnole.  
Obra Crítica Literaria, - Madrid, 1915.  
Obras Completas.  
Tesoro de Novelistas Españoles.- París.  
Tesoro del Teatro Español.- París.  
Tesoro de Escritores Místicos.- París.  
Introducción al Siglo de Oro.- Barcelona.  
Literatura Española.- Madrid 1897.  
Historia de la Literatura Española.- Madrid 1897.

La Celestina.  
El Libro de Buen Amor.- París.  
López de Mendoza) MARQUES DE. Obras.  
Historia de la Literatura Española.- Madrid 1916.  
El Arte y la Moral  
Filosofía del Arte.  
La Literatura Cristiana.  
Historia de La Literatura Española.- Madrid 1851.  
Obras.- Barcelona 1845.  
Obras completas.  
Juicios Literarios.- Sevilla 1892.  
Obras Completas.  
Apuntes de Historia Literaria.

**N O T A .** - Además, las obras citadas en el Texto y gran número de obras de  
Literatura Castellana que sería prolijo enumerar.